

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LIV - Núms. 795-796
Septiembre-Octubre 1997

Edita: Fundación Ramon Orlandis
i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre

Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA

Imprime: Gráficas Fomento, S.A.
Sant Gabriel, 70-76. Esplugues de L.
Depósito Legal: B-15860-58

Santa Teresa del Niño Jesús.
La declaración pontificia
de su Doctorado en la Iglesia.

F.C.V.

«Una más profunda comprensión
del misterio de Cristo».
Homilía de Juan Pablo II

La deuda de Schola Cordis Iesu
con Santa Teresita

María Bergera

¿Santa Teresa del Niño Jesús, Doctor
de la Iglesia y patrona del Apostolado de
la Oración?

Roberto Cayuela, S.I.

La infancia de Santa Teresa
del Niño Jesús

Antonio Prevosti Monclús

El padre Ignasi Casanovas, S.I.,
y Santa Teresa del Niño Jesús

Isidre Burunat, S.I.

María en la vida y en la obra
de Santa Teresa del Niño Jesús

Jordi Maria Gil i Costa, O.Carm.

Los Doctores de la Iglesia

J.M.M.G.

La intervención de Santa Teresita
en la conversión de Maurras

José Manuel Zubicoa Bayón

Crónica de una peregrinación

José M^a Romero Baró

La actualidad religiosa

Javier González Fernández

La actualidad política

Jorge Soley Climent

El problema del hombre y el misterio
de Jesucristo. Crónica del IV Congreso
Internacional de la S.I.T.A.

Enrique Martínez

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS

La declaración pontificia de su Doctorado en la Iglesia

El cardenal Eugenio Pacelli, que sería más tarde el papa Pío XII, representando como Secretario de Estado al papa Pío XI en la inauguración de la nueva basílica de Lisieux, decía, el 11 de julio de 1937:

«El genio fascinante de Agustín, la sabiduría luminosa de Tomás de Aquino han proyectado luz indeficiente sobre las almas: han dado a conocer mejor a Cristo y su doctrina.

»El poema divino que es la vida de Francisco de Asís, ha mostrado al mundo la imitación aún no igualada, de la vida de Dios hecho hombre, que ha sido, por su ejemplo, más amado por millones de hombres y de mujeres.

»Pero una carmelita enclaustrada, apenas llegada a la mayoría de edad, en menos de medio siglo ha conquistado innumerables legiones de discípulos».

Y prosiguió su discurso, pronunciado ante una multitud de doscientas mil personas, con unas palabras misteriosas:

«*Niños parecen en su escuela los doctores de la Ley.* El Papa la ha glorificado y la invoca cotidianamente con súplicas humildes y al presente millones de almas en todos los continentes han sentido en su vida interior la influencia de ese librito de la *Historia de un alma*. Tenía razón nuestra querida Santa para decir:

»"Siento que mi misión va a iniciarse. Mi misión de enseñar a las almas mi senda espiritual"».

Las palabras del cardenal Pacelli, que muestran en la multitudinaria influencia de la doctrina espiritual de Santa Teresa del Niño Jesús el cumplimiento de su profecía de enseñar a las almas su camino, contienen la paradoja de comparar a los que llama *doctores de la ley* como *niños* ante la santa que ha tenido la misión «doctoral» de recordarnos la necesidad de hacernos como niños ante Dios.

Expresión paradójica, porque aquí *niños* no alude a la sencilla humildad que Jesús nos señaló como camino único para entrar en el Reino de los cielos. Habla de la inmadurez en la vida cristiana de quienes, por otra parte, tal vez se consideran y son considerados como pertenecientes a una distinguida clase de «sabios y prudentes» de «maestros de Israel», de expertos y «entendidos» —para decirlo con la expresión de Pau López— que no llegan a la edad adulta de Cristo porque «son almas demasiado

grandes», según la cariñosa ironía de la propia Santa en carta a su hermana María del Sagrado Corazón.

No faltarán, por desgracia, quienes quedarán sorprendidos por la declaración pontificia. Tal vez el título de Doctor de la Iglesia les sugiere un reconocimiento excepcionalmente prestigioso en la línea de la cultura y de los conocimientos teológicos y filosóficos que existen en la Iglesia para su servicio.

Se trataría de un concepto equivocado, que no permitiría comprender el valor del carisma de «la palabra de sabiduría y de ciencia» de los Doctores de la Iglesia, carisma obrado en la Iglesia por el Espíritu Santo y que es en sí mismo independiente del hecho de que en algunos Doctores la luz divina les ilustre también en la asunción e instrumentación de sabidurías teológicas y filosóficas.

«Distribuciones hay de carismas, pero un mismo Espíritu... Un mismo Dios es quien obra todas las cosas en todo. A cada cual se da la manifestación del Espíritu para el provecho común. Puso Dios en la Iglesia primeramente apóstoles; en segundo lugar, profetas; en tercer lugar, doctores; luego los que tienen el poder de hacer milagros... ¿Por ventura son todos apóstoles? ¿Por ventura todos profetas? ¿Por ventura todos doctores? ¿Por ventura todos obran milagros?» (1Cor 12,4-5;28-29).

Nadie podría pensar la misión apostólica como una institución eclesiásticamente establecida. La fundación de la Iglesia en los apóstoles y la sucesión apostólica en el Episcopado son obra de Dios en la Iglesia, constituida por voluntad divina y no por decisión de los hombres. Tampoco nadie se haría a sí mismo, o podría ser preparado para el don de profecía o de obrar milagros, ni nadie sería «habilitado» por una decisión eclesiástica como profeta o taumaturgo.

La declaración pontificia del título de Doctor de la Iglesia no tiene el carácter de un eminente grado académico eclesiástico. Lo que la Cátedra apostólica declara, análogamente a cuando declara la santidad de alguien a quien propone al ejemplo y a la plegaria de la comunidad de los fieles, es el carisma dado por el Espíritu Santo por el que algún santo ha servido con su palabra a la iluminación en la fe.

La declaración de Doctor de la Iglesia no se hace nunca sino referente a santos ya canonizados. Pero este título no afirma un grado más eminente y singular de santidad. La esencia de la santidad consiste en el perfecto cumplimiento del precepto del amor a Dios y al prójimo, que es efecto de la presencia de la gracia santificante en un cristiano.

El título de Doctor apunta a la excelencia de unos «carismas» del Espíritu Santo que no se dan para la santificación del que los recibe, sino para hacer que con su acción y su palabra contribuya al bien de la comunidad de los fieles.

La declaración de Doctor no mira, pues, a la calidad

de un conocimiento de carácter racional, aunque sea teológico y acorde con la ortodoxia, ni mucho menos a la calidad literaria o cultural de la obra de un hombre o una mujer distinguida y eminente en lo humano.

Muchos de los doctores han sido ciertamente grandes teólogos, profundos pensadores o elocuentes oradores sagrados. Pensemos en San Anselmo, San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino o San Buenaventura, y en el Oriente en San Basilio Magno o San Juan Crisóstomo; otros han sido literariamente figuras cimeras universalmente reconocidas: así San Juan de la Cruz, el admirable poeta místico.

La Iglesia declara Doctor, sobre el presupuesto de la santidad personal, ya declarada en la canonización, a quienes no sólo tienen una doctrina íntegramente fiel a la fe y a la doctrina católica, sino que han ejercido una influencia de carácter público y universal, por lo menos en alguna época o ámbito social e histórico.

Santa Teresita del Niño Jesús, proclamada santa muy prontamente —y acelerando la Santa Sede, recogiendo el sentir del pueblo fiel, los plazos habituales para la beatificación y la canonización— fue también reconocida por su *Historia de un alma* como mensajera de una doctrina espiritual, que ella llamaba su «camino nuevo», fidelísimo al Evangelio, y cuya influencia universal desde hace ya muchas décadas es comparable a la de los autores espirituales más reconocidos como formadores de la conciencia del pueblo católico.

Hemos visto que en 1937 el cardenal Pacelli la comparaba con San Agustín, Santo Tomás de Aquino y San Francisco de Asís. Ya como papa, Pío XII, en un mensaje radiofónico de 11 de julio de 1954, decía:

«A Teresa del Niño Jesús —mientras los pueblos y las clases sociales se desafían y se enfrentan para obtener la preponderancia económica y política— nada le atrae, nada la retiene, fuera de Dios y de su Reino, ni la fortuna ni los honores ni las influencias ni la eficacia temporal: ella se muestra con las manos vacías.

»Pero, a cambio de esto, el Señor la introduce en su casa y le confía sus secretos; le revela todas las cosas que oculta a los sabios y a los poderosos, y después de haber vivido silenciosa y oculta *he aquí que habla, he aquí que se dirige a toda la humanidad*, a ricos y pobres, a grandes y a humildes. Les dice con Cristo: *entrad por la puerta estrecha...*

»La puerta es verdaderamente estrecha, pero es a todos accesible; es la puerta de la humildad. Teresa del Niño Jesús, que por ella ha entrado en el Paraíso, permanece en el umbral de la puerta, con sus brazos cargados de rosas, y muestra su «caminito de infancia». *Es el Evangelio mismo, el corazón del Evangelio lo que ella ha reencontrado*».

Se escandalizaría sin motivo ante la frase por la que

Pío XII atribuía a la carmelita de Lisieux el haber reencontrado «el corazón mismo del Evangelio», cual si con ello se presupusiese una previa y generalizada pérdida del Evangelio mismo en la Iglesia. Como dice el Señor: «Todo doctor bien instruido en el Reino de los cielos es semejante a un padre de familia que va sacando de su arcano cosas nuevas y antiguas».

El camino nuevo que enseña Teresita del Niño Jesús es permanente y tradicional. Su novedad consiste en que por don del Espíritu de Dios ha recordado a multitudes de fieles cosas sabidas ciertamente pero muy poco frecuentemente advertidas.

No con el ánimo de expresar una síntesis de su doctrina espiritual, sino con el de llamar la atención sobre el significado de estas «novedades» en que se redescubre el corazón del Evangelio, citemos algunas frases de la Doctora de la Infancia espiritual, de la confianza en la misericordia paterna de Dios, del llamamiento universal a la santidad en la vida común y ordinaria:

«La confianza y nada más que la confianza es la que debe conducirnos al amor» (carta a su hermana María del Sagrado Corazón).

«Comprendo muy bien que San Pedro cayera. ¡El pobre San Pedro confiaba en sí mismo, en vez de confiar únicamente en la fuerza de Dios! Estoy segurísima de que si San Pedro hubiera dicho humildemente a Jesús: concededme, os lo suplico, fuerzas para seguiros hasta la muerte, las habría obtenido inmediatamente.

»Nuestro Señor no enseñaba más a sus apóstoles de lo que nos enseña a nosotras mismas con las inspiraciones de su gracia. Podía haber dicho a San Pedro: pídemme fuerzas para cumplir lo que quieres. Pero no, porque quería demostrarle su debilidad, y porque destinándole a gobernar a toda la Iglesia que está llena de pecadores, le convenía que experimentase por sí mismo, lo que puede el hombre sin la ayuda de Dios.

»Antes de su caída, Nuestro Señor le dijo: *después de tu conversión, confirma a tus hermanos*. Quería decir: persuádeles por tu propia experiencia de la debilidad de las fuerzas humanas» (*Últimas conversaciones*, agosto de 1897).

«No puedo apoyarme en nada, en ninguna de mis obras para tener confianza... Me acordé con gran dulzura de estas palabras del Cántico de San Juan de la Cruz: *y toda deuda paga*. Las había aplicado siempre al amor... Se que ésta es una gracia impagable... ¡Se siente una paz tan grande, al saberse una absolutamente pobre y al no contar más que con Dios!» (*Últimas conversaciones*, agosto de 1897).

Santa Teresita del Niño Jesús, que en esta misma revista era presentada como adecuada Patrona del Apostolado de la Oración hace ya muchos años (en enero de 1951) es también Doctor eminente de la eficacia de la

oración. En el Manuscrito B a la madre María del Sagrado Corazón escribió:

«¿No fue acaso en la oración dónde San Pablo, San Agustín, San Juan de la Cruz, Santo Tomás de Aquino, San Francisco, Santo Domingo y tantos otros ilustres amigos de Dios aprendieron la ciencia divina que causa admiración a los más grandes genios?

»Un sabio dijo: dadme un punto de apoyo y levantaré el mundo. Lo que Arquímedes no pudo lograr, porque su petición no se dirigía a Dios y además era hecha desde un punto de vista material, lo lograron los Santos en toda su plenitud.

»El Todopoderoso se les dio a sí mismo por único punto de apoyo. Y por palanca la oración, que enciende en fuego de amor los corazones. Y así lo siguen levantando también los santos que aún militan en la tierra, y así lo levantarán hasta el fin del mundo los santos que vengan».

Evoca también a Santa Teresa de Ávila para definir como objetivo general de su vida la oración por las intenciones del Papa con un lenguaje que daría un excelente título para que fuese proclamada, como solicitaba en 1971 el P. Roberto Cayuela, S.I., en el artículo antes aludido, patrona de la institución fundada definitivamente por el padre Enrique Ramière, S.I. Leemos, en efecto, en el manuscrito citado dirigido a la Madre María de Gonzaga, con palabras que parecen profetizar su patrocinio sobre las misiones, compartido con el activo y viajero San Francisco Javier:

«Tengo la esperanza de ser útil, con la gracia de Dios, a más de dos misioneros, y no dejaré de rogar por todos...

»Quiero, en una palabra, ser hija de la Iglesia como lo era Nuestra Madre Santa Teresa de Jesús, y rogar por las intenciones de nuestro Santísimo Padre el Papa, sabiendo que sus intenciones abarcan el universo.

»Este era ya el fin general de mi vida...».

Con razón llaman algunos a Santa Teresa del Niño Jesús «Doctora del Amor», pero también en su camino es central el mensaje de la esperanza. Su insistencia en el único apoyo en la misericordia divina está en íntima relación con un punto capital para la vida cristiana que tal vez había quedado muchas veces desatendido en la predicación y en la teología espiritual. Este punto es el del espíritu de pobreza que ella supo leer en su padre San Juan de la Cruz, y que es inseparable de la esperanza teologal.

La humildad, recordaba en 1937 el cardenal Pacelli, es un camino estrecho pero accesible a todos. A la soberbia, que en el fondo es más difícil que la humildad, se dispone uno por el amor a las riquezas y el espíritu de propiedad. Es más grave soberbia aquella por la que nos sintiésemos dueños de los bienes del espíritu, que la que

se apoyase en la complacencia en las riquezas materiales, el poder terreno o el talento humano.

Santa Teresita insiste en recordar que hemos de agradecer a Dios todo el bien que obra en nosotros por su gracia, y no apoyarnos en nosotros mismos.

«En tus altares, Señor, hay más de una fresca rosa, a la que gusta brillar», escribió en su poesía *La rosa deshojada*. Santa Teresita nos recuerda que la santidad, a la que todos somos llamados, no puede ser sentida como una «distinción», «eminencia», o camino extraordinario en lo humano. Su mensaje de esperanza y de infancia evangélica está ligado a su conocimiento inspirado de la esencia de la más excelente santidad en María y José en la vida oculta de Nazaret:

«Lo más ejemplar para mí, cuando pienso en la Sagrada Familia, es imaginarme su vida en todo corriente... Lo que más me edifica cuando medito el secreto de la Sagrada Familia es la idea de su vida del todo ordinaria» (*Últimas conversaciones. Consejos y recuerdos*).

Por esto también, en una poesía dedicada a María, Teresita del Niño Jesús nos sitúa en la unidad vital del

camino estrecho de la humildad con el espíritu de pobreza inseparable de la esperanza en la providencia paterna y misericordiosa de Dios. En la última de sus poesías canta a María:

El estrecho sendero de los cielos,
Tu lo has hecho accesible, practicando
las sencillas virtudes de los pobres.

La declaración por Juan Pablo II de la Santa Carmelita de Lisieux en su carisma doctoral podrá abrir una nueva época ante la proximidad del tercer milenio. Se abrirán como nunca las posibilidades de comprensión auténtica y práctica de los más nucleares mensajes del Concilio Vaticano II: la vocación universal a la santidad y la ordenación de todas las cosas humanas al designio divino de que la ciudad terrena se ordene según el ejemplar de la ciudad celeste, como proclamaba Juan XXIII en su sesión de apertura.

F.C.V.

Rito de la proclamación de «Doctor de la Iglesia»

El Pro-Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, acompañado del Postulador, se acerca al Santo Padre y lee una síntesis de la Carta Apostólica «Divini Amoris scientiam» que contiene las razones de la atribución del título de «Doctor de la Iglesia» a Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz.

Después, todos los presentes se ponen en pie. Sólo el Santo Padre permanece sentado y pronuncia solemnemente la fórmula siguiente:

Nos, vota plurimorum Fratrum in Episcopatu multorumque christifidelium totius orbis expletes, de Congregationis de Causis Sanctorum consulto, præhabito voto Congregationis de Doctrina Fidei ad eminentem doctrinam quod attinet, certa scientia ac matura deliberatione deque apostolicæ potestatis plenitudine Sanctam Teresiam a Iesu Infante et a Sacro Vultu, virginem, Ecclesiæ universalis Doctorem declaramus.

In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.

La asamblea:

Amen. Amen. Amen.

Nos, acogiendo el deseo de muchos Hermanos en el Episcopado y de muchos fieles del mundo entero, obtenido el parecer de la Congregación para las Causas de los Santos y el voto de la Congregación para la Doctrina de la Fe por lo que respecta a la eminente doctrina, después de haber reflexionado largamente y habiendo alcanzado un pleno y seguro convencimiento, con la plenitud de la autoridad apostólica declaramos a Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, virgen, Doctor de la Iglesia universal. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén. Amén. Amén.

«Una más profunda comprensión del misterio de Cristo»

Homilía de Juan Pablo II en la misa celebrada en la basílica de San Pedro con motivo de la proclamación del Doctorado de Santa Teresa del Niño Jesús (19 de octubre de 1997)

1. «*Los pueblos caminarán a tu luz*» (Is 60,3). En las palabras del profeta Isaías ya resuena, como ferviente espera y luminosa esperanza, el eco de la Epifanía. Justamente la unión con esta solemnidad nos permite comprender mejor *el carácter misionero de esta dominica*. La profecía de Isaías, de hecho, extiende a toda la humanidad la perspectiva de la salvación, y de esta manera anticipa el gesto profético de los Magos de Oriente que, dirigiéndose a adorar al Niño divino nacido en Belén (cf. Mt 2,1-12), anuncian e inauguran la adhesión de los pueblos al mensaje de Cristo.

Todos los hombres son llamados a acoger en la fe el Evangelio que salva. La Iglesia es enviada a todos los pueblos, a todas las naciones y culturas: «Id... y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he mandado» (Mt 28,19-20). Estas palabras, pronunciadas por Cristo antes de subir al cielo, junto con la promesa hecha a los Apóstoles y a sus sucesores de estar con ellos hasta el fin del mundo (cf. Mt 28,20) constituyen la esencia del mandato misionero: en la persona de sus ministros es Cristo mismo quien camina *ad gentes*, hacia quienes no han recibido todavía el anuncio de la fe.

2. Teresa Martin, Carmelita descalza de Lisieux, deseaba ardientemente ser misionera. Y lo ha sido, hasta el punto de ser proclamada *Patrona de las Misiones*. Jesús mismo le mostró la forma en que podía vivir esta vocación: practicando plenamente el precepto del amor, se sumergiría en el corazón mismo de las misiones de la Iglesia, sosteniendo con la fuerza misteriosa de la oración y de la comunión a los anunciadores del Evangelio. Ella realizaba así todo lo que ha subrayado el Concilio Vaticano II cuando enseña que la Iglesia es, por naturaleza, misionera (cf. *Ad gentes*, 2). No sólo los que escogen la vida misionera, sino todos los bautizados, son de algún modo enviados *ad gentes*.

Por esta razón he querido escoger esta dominica misionera para proclamar *Doctor de la Iglesia universal* a Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz: una mujer, una joven, una contemplativa.

3. A nadie escapa, sin embargo, que hoy se está realizando algo sorprendente. Santa Teresa de Lisieux no ha podido frecuentar una Universidad, y ni siquiera unos estudios metódicos. Murió joven: y, sin embargo, dentro

de poco será honrada como Doctor de la Iglesia, un reconocimiento cualificado que la alza en la consideración de la entera comunidad cristiana mucho más allá de cuanto pueda hacerlo un «título académico».

En efecto, cuando el Magisterio proclama a alguien Doctor de la Iglesia, entiende señalar a todos los fieles, y de manera especial a cuantos rinden en la Iglesia el fundamental servicio de la predicación o cumplen la delicada misión de la investigación y de la enseñanza teológica, que la doctrina profesada y proclamada por una cierta persona puede ser un punto de referencia, no sólo porque es conforme con la verdad revelada, sino porque aporta nueva luz sobre los misterios de la fe, una más profunda comprensión del misterio de Cristo. El Concilio nos ha recordado que, bajo la asistencia del Espíritu Santo, crece continuamente en la Iglesia la comprensión del «*depositum fidei*», y a tal proceso de crecimiento contribuye no sólo el estudio rico en contemplación al que son llamados los teólogos, ni sólo el Magisterio de los Pastores, dotados del «carisma cierto de la verdad», sino también aquella «*profunda inteligencia de las cosas espirituales*» que es dada por *vía de experiencia*, con riqueza y diversidad de dones, a cuantos se dejan guiar dócilmente por el Espíritu de Dios (cf. *Dei Verbum*, 8). La *Lumen gentium*, por su parte, enseña que en los Santos «es Dios mismo quien nos habla» (núm. 50). Por eso, para profundizar en los misterios divinos, que quedan siempre mayores que nuestros pensamientos, se atribuye un valor especial a la experiencia espiritual de los santos, y no es casual que la Iglesia escoja únicamente entre éstos cuando quiere condecorar con el título de «Doctor».

4. Entre los «Doctores de la Iglesia», Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz es la más joven, pero su itinerario espiritual ardiente muestra tanta madurez, y las intuiciones de la fe expresadas en sus escritos son tan vastas y tan profundas, que merecen un lugar entre los grandes maestros espirituales.

En la Carta apostólica que he escrito en esta ocasión, he subrayado algunos aspectos sobresalientes de su doctrina. Pero, ¿cómo no recordar aquí lo que se puede considerar como la cumbre, a partir del relato del descubrimiento desconcertante que ella hizo de su vocación particular en la Iglesia? «La Caridad —escribe— me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tiene

un cuerpo, compuesto de distintos miembros, no le faltaba el más noble de todos; comprendí que la Iglesia tenía un Corazón, y que este Corazón estaba encendido de Amor. Comprendí que sólo el Amor hacía obrar a los miembros de la Iglesia, que si el Amor se extinguía, los Apóstoles ya no anunciarían el Evangelio, los Mártires rechazarían verter su sangre... Comprendí que el Amor encerraba todas las Vocaciones... Entonces, en un exceso de mi alegría delirante, he exclamado: ¡Oh, Jesús, mi Amor... al fin he hallado mi vocación, es el Amor» (Ms B, 3v). Es una página admirable que basta por sí sola para mostrar que se puede aplicar a Santa Teresa el pasaje del Evangelio que hemos escuchado en la liturgia de la Palabra: «Padre, Señor del cielo y de la tierra, yo te bendigo: lo que has escondido a los prudentes y a los sabios, lo has revelado a los pequeñuelos» (Mt 11,25).

5. Teresa de Lisieux no sólo ha comprendido y descrito la verdad profunda del Amor como el centro y el corazón de la Iglesia, sino que la ha vivido intensamente en su breve existencia. Es justamente esta *convergencia entre la doctrina y la experiencia concreta*, entre la verdad y la vida, entre la enseñanza y la práctica, lo que resplandece con una particular claridad en esta santa, y lo que la convierte en un modelo atrayente especialmente para los jóvenes y para quienes buscan de verdad dar un sentido a su vida.

Ante el vacío de tantas palabras, Teresa ofrece otra solución, la única Palabra de salvación que, comprendida y vivida en el silencio, se convierte en una fuente de vida renovada. A una cultura racionalista y con demasiada frecuencia invadida por un materialismo práctico, ella opone, con una seductora simplicidad, el «caminito» que, retornando a lo esencial, conduce al secreto de toda existencia: el Amor divino que envuelve y penetra toda la aventura humana. En un tiempo como el nuestro, marcado muchas veces por la cultura de lo efímero y del hedonismo, este nuevo Doctor de la Iglesia se muestra dotado de una singular eficacia para iluminar el espíritu y el corazón de los que tienen sed de verdad y de amor.

6. Santa Teresa es presentada como Doctor de la Iglesia el día en que celebramos el Día mundial de las Misiones. Ella tuvo el ardiente deseo de consagrarse al anuncio del Evangelio y hubiera querido coronar su testimonio con el sacrificio supremo del martirio (cf. Ms B, 3r). Sabemos con qué intenso empeño personal sostuvo el trabajo apostólico de los padres Maurice Bellière y Adolphe Roulland, uno misionero en África y el otro en China. En su entusiasmo de amor por la evangelización,

Teresa tenía un solo ideal, como ella misma dice. «Lo que Le pedimos, es trabajar para su gloria, amarle y hacerle amar» (Carta 220).

El camino que recorrió para llegar a este ideal de vida no es el de las grandes empresas reservadas a unos pocos, sino, al contrario, un camino al alcance de todos, el «caminito», camino de la confianza y de la entrega total de sí misma a la gracia del Señor. No se trata de un camino que se pueda banalizar, como si fuera menos exigente. En realidad, es exigente, como lo es siempre el Evangelio. Pero es un camino donde uno es penetrado del sentido del abandono confiado en la misericordia divina, que convierte en ligero incluso el compromiso espiritual más riguroso.

Por este camino, en el que ella lo recibió todo como «gracia», por el hecho de que pone en el centro de toda su relación con Cristo su elección del amor, por el lugar que ella otorga también a los impulsos del corazón en su itinerario espiritual, Teresa de Lisieux es una santa que permanece joven, a pesar de los años transcurridos, y se propone como un modelo eminente y una guía en el peregrinaje de los cristianos para este tiempo que se acerca al tercer milenio.

7. Por eso es grande la alegría de la Iglesia, en esta jornada que corona las expectativas y las oraciones de tantos que han intuido, con la petición del Doctorado, este don especial de Dios y han contribuido al reconocimiento y a la acogida. Deseamos dar gracias al Señor todos juntos, y especialmente con los profesores y alumnos de las Universidades eclesiásticas romanas, que precisamente en este día han iniciado el nuevo año académico.

Sí, oh Padre, te bendicimos, junto con Jesús (cf. Mt 11,25), porque has escondido tus secretos «a los sabios y a los inteligentes» y los has revelado a esta «pequeña», que hoy nuevamente propones a nuestra atención y a nuestra imitación.

¡Gracias por la sabiduría que le habéis dado, haciendo de ella para toda la Iglesia un singular testimonio y una maestra de vida!

¡Gracias por el amor que habéis derramado en ella, y que sigue iluminando y enfervorizando los corazones, impeliéndoles a la santidad!

El deseo que Teresa expresa de «pasar su Cielo haciendo el bien en la tierra» continúa cumpliéndose de manera maravillosa.

¡Gracias, oh Padre, porque hoy con un título nuevo nos la haces próxima, para alabanza y gloria de tu nombre, por los siglos de los siglos! ¡Amén!

La deuda de Schola Cordis Iesu con Santa Teresita

María Bergera

El pasado 19 de octubre Schola Cordis Iesu peregrinó a Roma para asistir a la proclamación de Santa Teresa del Niño Jesús como Doctora de la Iglesia. Se cumplían así los deseos que desde hacía tiempo se sentían en la Iglesia de ver la doctrina de esta santa elevada a modelo en el que aprender y practicar la santidad. El contexto del centenario de su muerte ha favorecido, además, la acogida y el aprovechamiento de este gran acontecimiento. Los jóvenes de Schola hemos tenido ocasión de profundizar más en la vida y el mensaje de Santa Teresita, tanto en los cursillos de verano en Balmesiana, como en la peregrinación a París con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud: la lectura de *Historia de un alma* como preparación a la peregrinación, la visita a los lugares en los que vivió Teresita, nos hicieron entender mejor el significado de su «caminito», y su lugar en nuestra espiritualidad. En París el papa nos anunció por fin esta esperada declaración: «*He querido anunciar solemnemente este acto aquí —nos dijo— porque el mensaje de Santa Teresita os corresponde particularmente a vosotros, los jóvenes: en la escuela del Evangelio, ella os abre el camino de la madurez cristiana; os llama a una infinita generosidad; os invita a ser en la Iglesia discípulos ardientes de la caridad de Cristo*». Muchos de nosotros acudimos a la invitación del Papa y vivimos con alegría el doctorado de Santa Teresita como una verdadera fiesta de Schola.

En nuestro peregrinar a Roma, nos hemos unido al gozo de la Iglesia, madre y maestra, y al mismo tiempo hemos manifestado la centralidad del mensaje de Santa Teresita en la espiritualidad de Schola, tal y como la concibió su fundador, el padre Ramón Orlandis. Su devoción entrañable a Santa Teresa de Lisieux, y el profundo estudio de su vida y escritos, fue una de las características más señaladas de su espiritualidad y de su acción apostólica, de la que somos herederos. De ella exclamaba: «*es la gran Santa de la confianza*» y «*su doctrina es como de Doctor de la Iglesia*». En la infancia espiritual y en la confianza absoluta en la misericordia de Dios veía el camino más fecundo para la realización de nuestra vocación de Schola como sección del Apostolado de la Oración, de promover el Reino de Cristo por la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y María: la santidad que presentaba Santa Teresita como la fidelidad a la Gracia en las cosas más corrientes de la vida y la aceptación de los sacrificios cotidianos da la clave de nuestra

lealtad a la voluntad divina en nuestras actividades, liberándonos de todo tipo de voluntarismo y activismo, que malogran los frutos espirituales del apostolado. El redescubrimiento de nuestra condición de hijos de Dios, como la enseñó Santa Teresita, aparece como una luz que ilumina con fuerza la restauración del orden moral y espiritual de cada hombre y de la sociedad entera. Así lo señaló él mismo en *Pensamientos y ocurrencias*, cuando comenta cómo se le fue presentando al pensamiento un esbozo de agrupación que se le antojaba debía ser «aquella legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del Amor Misericordioso de Dios, objeto de los deseos y de las esperanzas de Santa Teresita del Niño Jesús». Y más adelante: «Estas almas, por la luz que del cielo recibirían, tendrían una comprensión íntima de la devoción genuina al Corazón de Jesús y de los designios que ha tenido Jesús al pedirla. Estas almas arderían en celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas y, conocedoras de la realidad, profundamente desengañadas de sus propias fuerzas y valer y también de la eficacia de los medios semihumanos y ordinarios, que nuestra pobre razón puede excogitar para hacer frente a las circunstancias y dificultades extraordinarias de nuestros tiempos, pondrían para su apostolado toda la confianza en el medio que el mismo Divino Redentor nos ha dado para vencerlas: la práctica y difusión de una sincera devoción al Sagrado Corazón de Jesús, según las normas y caminos que Jesús se ha dignado señalarnos». De la misma manera, el padre Orlandis alentó a todos los miembros de esta escuela de celadores del Apostolado de la Oración, a meditar íntegramente aquel pasaje del capítulo 9 de *Historia de un alma* en el que Santa Teresita habla de los grandes deseos de su corazón en el que hallaremos luminosas ideas sobre nuestra vocación.

He aquí las tres claves del camino de Teresita: Humildad, Confianza y Amor.

Como señaló Pío XII en el cincuentenario de su muerte, Santa Teresita «nos confirma la importancia de la humildad que nos conduce a pedir la Gracia de Dios, ya que sin Él nada podemos en el orden de la salvación», y de la confianza, que brota de la consideración de nuestra pequeñez, que nos lleva a esperar todo de la misericordia infinita de Dios. «Por este camino, la caridad nos lleva con más rapidez a amar a Dios con todo el corazón, más que nuestra propia perfección personal, a amarle exclusivamente por Sí mismo y para que reine en las

almas, vivificándolas y atrayéndolas fuertemente hacia Sí». ¹ Esta enseñanza nos confirma en nuestra vocación de Schola como miembros del Apostolado de la Oración, pues esta oración es ante todo oración de fe, confianza y amor: el ofrecimiento diario de nuestras vidas y acciones, unidas al sacrificio de Cristo Redentor por la Iglesia y por la salvación de las almas, se identifica con el camino de santidad que enseña Santa Teresa, que consiste en el cumplimiento cotidiano y ordinario de la voluntad de Dios, en la práctica perfecta del amor a Dios y al prójimo, a lo que todo lo demás se ordena.

El mismo padre Orlandis nos ha descubierto el gran significado de la doctrina de Santa Teresita en el providencial desarrollo de la devoción al Sagrado Corazón, desde que ésta se hizo pública y universal, a través de tres etapas: la primera marca las revelaciones de Paray y la manifestación al mundo de su Sagrado Corazón; la segunda, los escritos y las obras del padre Enrique Ramière, donde el Corazón de Jesús aparece como principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su Amor; y la tercera es la providencial difusión de los escritos y propagación de la devoción de Santa Teresita del Niño Jesús. Esta etapa supone la culminación de las etapas anteriores y nos pone en disposición para comprender en toda su amplitud el significado de las mismas. La Santa de

Lisieux nos ha situado, como dijo Pío XII, en «el corazón mismo del Evangelio». «Como mensajera de sus misericordias inefables con estas almas débiles y pequeñas envía el misericordioso Jesús a Santa Teresita, para que reciban aliento, luz y confianza los pobres enfermos de espíritu...». ² Gracias a todo ello, añade el padre Orlandis, «son incontables las almas que han cobrado alientos increíbles para subir por el ascensor de la humilde y suave confianza hasta la más elevada cumbre del amor y del sacrificio; desde el humilde y sencillo sentimiento de su nada y de su impotencia, por el camino de la infancia espiritual, sembrado de rosas con espinas, hasta la entrega eficaz, perfecta y absoluta de sí al Amor Misericordioso de Dios». ³

Es mucho lo que debe Schola Cordis Iesu a Santa Teresita de Lisieux.

Pedimos a Dios que el doctorado de Santa Teresita derrame la lluvia de rosas que ella ha prometido, haciendo que todas las almas participemos del secreto que el Señor le manifestó: su «caminito de infancia». Ella, a través de su vida y escritos, está mostrando al mundo que el camino del Señor es el único yugo suave y la única carga ligera: que no existe otro camino por el que nuestras personas, familias, sociedades y naciones hallen la paz y la tranquilidad, sino el humilde y gozoso reconocimiento de su soberanía y de su amor.

1. Radiomensaje en la consagración de la basílica de Lisieux (11 de julio de 1954).

2. Ramón Orlandis, S.I., *Pensamientos y ocurrencias* (1934).

3. *Ibidem*.

«Si no cambiáis y os hacéis como niños...»

Si queréis un consejo, después de cincuenta y tres años de vida en la Compañía, y de casi dieciséis de generalato, os diría que en esta devoción al Corazón de Cristo se esconde una fuerza inmensa, que a cada uno toca descubrir y profundizar.

No caigamos en la presunción de creernos superiores a esta devoción que se expresa en un símbolo. No nos unamos a los sabios y prudentes de este mundo, a quienes el Padre oculta sus misteriosas realidades, mientras se las enseña a quienes son o se hacen pequeños. Si no cambiáis y os hacéis

como niños... Son palabras de Cristo, que podríamos traducir así: —Si queréis, como personas y como Compañía, entrar en los tesoros del Reino y contribuir a edificarlo con extraordinaria eficacia, haceos como los pobres a quienes queréis servir.

Tantas veces repetís que los pobres os han enseñado más que muchos libros: aprended de ellos esta lección tan sencilla. Reconoced mi amor en mi Corazón.

Pedro Arrupe, S.I., General de la Compañía de Jesús (Roma, 6 de febrero de 1981)

¿Santa Teresa del Niño Jesús, Doctor de la Iglesia y patrona del Apostolado de la Oración?

En nombre de Cristiandad el padre Roberto Cayuela, S.I., publicó en esta Revista en enero de 1971 el artículo que reproducimos por su actualidad y oportunidad.

La Santa Iglesia de Cristo, que se honra y se goza de tener por Madre a la «Bendita entre todas las mujeres», ha contemplado con maternal satisfacción el hecho admirable de que, a través de los siglos, el Espíritu Santo ha infundido con singular abundancia sus dones de sabiduría, de entendimiento y de ciencia, no solamente en las almas de santos hijos suyos, varones eminentes, inspirándoles que derramasen profusamente la celestial doctrina de que Él les llenaba, sobre los campos del Padre de familias, para que a manera de benéfica lluvia los fertilizaran e hiciesen fecundos en frutos de vida y santidad cristiana; sino que esto mismo ha hecho el Espíritu Santo en almas de santas hijas de la Iglesia, mujeres privilegiadas, para que también ellas, instruidas y llenas, por la acción vivificante del mismo Divino Espíritu, de la sabiduría cristiana, que es la del Evangelio, la enseñasen a todos los fieles de Cristo, con el peculiar encanto de su humilde sencillez y de su delicadeza femenina.

Y grande ha sido el entusiasta regocijo de todos los buenos hijos de la Iglesia al ver que, en nuestros tiempos, ha proclamado Ella a dos de sus hijas predilectas, Santa Teresa de Jesús y Santa Catalina de Siena, como Doctores de toda la Iglesia, enalteciendo así los incomparables méritos de las enseñanzas de vida santa según el Evangelio, que nos han dejado en sus inmortales escritos.

Con este hecho providencial ha quedado abierta, como quien dice, la puerta del Doctorado de la Iglesia para otras mujeres excelsas, hijas santas de la Iglesia, que tengan parecidos méritos, de haber sido llenas de celestial doctrina, y de haberla consignado en sus escritos, con enseñanzas tan egregias, tan seguras y tan provechosas, que las hagan acreedoras a ser proclamadas por el Vicario de Cristo como Maestras y Doctores de todos los fieles de la Iglesia.

Pensando atentamente en todo esto, se ha animado *Cristiandad* a cooperar a la iniciativa de proponer que se preparen los caminos para que otra gran hija de la Iglesia, Santa Teresa del Niño Jesús, obtenga el mismo título que su insigne Madre, Santa Teresa de Ávila.

Con ello cree firmemente *Cristiandad* que sigue con toda fidelidad su lema y consigna de promover el Reino de Cristo, por la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y María.

Ni podemos olvidar los que colaboramos en la Revista, y tuvimos la dicha de vivir en íntimo trato con el que fue su Fundador, y por varios años su certero guía y luminoso inspirador, el venerado y amadísimo P. Ramón Orlandis, S.I., que su devoción entrañable a Santa Teresa de Lisieux, y el profundo estudio de su vida y escritos, fue una de las características más señaladas de su espiritualidad y de su acción apostólica.

Sí; era de ver, y se mostraba como cosa notabilísima, que aquel eminente filósofo y teólogo; que dominaba a la perfección las lenguas latina, griega y hebrea; versadísimo en la Teología de la Historia; acudía continuamente a buscar inspiración, luz y acierto en los escritos de la «Petite Thérèse».

El articulista que ha sido invitado para ser como el portavoz, en *Cristiandad*, de esta idea e iniciativa, tiene muy presente, y lo consigna con emocionado recuerdo, que muchas veces, al entrar en la habitación del padre Orlandis, como lo hizo por varios años muy asiduamente, le sorprendía arrobado en extática contemplación, a la vez intelectual y sensible, como quien veía cerca de sí a Santa Teresita, y tenía con ella coloquios de afecto entrañable; de algunos de los cuales fui partícipe, con indecible edificación y gozo de mi alma.

Otras veces, mostrándome alguna página de los inimitables escritos de la Santa, me hacía ver, entusiasmado y asombrado, las geniales intuiciones con que ella descubría el profundo sentido de sus predilectas enseñanzas del Evangelio; y las expresaba con un candor humilde y sublime. «Es la gran Santa de la confianza», decía; y «Su doctrina es como de Doctor de la Iglesia».

¿No nos hizo con esto el gran Padre Orlandis, una invitación, y nos dio pie para lo que ahora intentamos se promueva?

Junto con esta iniciativa, se anima también *Cristiandad* a lanzar otra idea, que pensamos será más fácil de llevar a ejecución, y que por de pronto será recibida con agrado; a saber: que Santa Teresa del Niño Jesús sea declarada Patrona del Apostolado de la Oración.

Para lo uno y para lo otro creemos decididamente que tiene la Santa excepcionales y preclaros méritos.

Es lo que modestamente vamos a esbozar.

Méritos de santa Teresa del Niño Jesús para ser proclamada Doctor de la Iglesia

¿Qué procedimiento se puede adoptar para hacer patentes esos méritos; y así iniciar la aceptación y promoción de esta iniciativa?

Pensamos que se pueden seguir tres procedimientos.

El primero es recorrer con sereno estudio la Colección de los escritos de la que se llamaba a sí misma «la pequeña Teresa»; y después de presentar sus virtudes, proclamadas como heroicas por la Iglesia; y su santidad, reconocida y propuesta como ejemplar a todos los fieles de Cristo, en su Canonización; detenemos a ir viendo cómo sus enseñanzas, del todo conformes con su santa vida, son tan claras y excelsas; penetran tan profundamente la doctrina de Cristo, de sus Apóstoles y de la Iglesia; descubren tan originalmente las consecuencias y aplicaciones prácticas de esa doctrina para la vida cristiana; que bien merecen para quien nos las dejó el título de Maestra y Doctor.

Este primer modo de proceder es legítimo y puede ser eficaz; pero tiene un doble inconveniente para nuestro caso: que es cosa larga y prolija; asunto más propio de un libro o de un denso opúsculo, que de un artículo de Revista; y, además, que el resultado de esa investigación sobre los escritos de la Santa puede parecer a algunos como un conjunto de opiniones subjetivas, o como fruto de una devoción personal.

Un segundo procedimiento para nuestro objeto es acudir a los libros de los más eximios autores que han escrito sobre las virtudes y las enseñanzas de Santa Teresita; o por lo menos a alguno de los más acertados; para ver cómo presentan la doctrina de la Santa en tan elocuente síntesis y en tan plena luz, que dejan sacar la legítima consecuencia de que son grandes y muy altos los méritos de la Santa, por su excelente doctrina, para un Doctorado Eclesial.

Pero esto ya está hecho. Lo tenemos en la preciosa y perfectamente lograda obra *El alma de Santa Teresa del Niño Jesús*, del insigne escritor P. Ignacio Casanovas, S. I., libro que de sus cinco capítulos, en 358 páginas, dedica el capítulo III, en cincuenta páginas, a exponer la «Doctrina» de la Santa, reduciéndola a los dos puntos principales que más expresamente y con mayor insistencia fueron tratados por ella; a saber: la infancia espiritual, según el Evangelio de Cristo; y la vida de sacrificio, en unión con el de Cristo en su Misterio Eucarístico, hasta ofrecerse y vivir como víctima del Amor misericordioso.

Con tal lucidez y abundancia de datos presenta el P. Casanovas esta maravillosa doctrina de la Santa, que al terminar su lectura, no puede uno menos de reconocer que ya está hecho el deseado estudio, y ya están puestos de relieve los excelsos merecimientos de la Santa para recibir el título de Doctor de la Iglesia. A dicho estudio, pues, nos remitimos. Se puede ver en el volumen VII de «Obras del P. Casanovas».

Finalmente, otro tercer procedimiento se nos presenta para lo mismo; y es el que vamos a seguir, porque es incomparablemente el más autorizado y eficaz; y tiene la ventaja de poder ser presentado en los breves límites de un artículo. Consiste en elevarnos a escuchar las soberanas palabras con que analteció, junto con la eximia santidad de Teresita, también su excelente doctrina, el Romano Pontífice que, el año 1923, le decretó los honores de la Beatificación; y a los dos años, en 1925, la canonizó, en memorable solemnidad en la Basílica de San Pedro del Vaticano.

Fue el Papa Pío XI, grande entre los grandes Papas de la Iglesia, por su sabiduría, prudencia, geniales actos de magisterio y de gobierno, y altísimo acierto en haber hecho patentes los males y necesidades de su época, que son los de la nuestra; y en haberles dado los más eficaces remedios; el que con admirable intuición solía llamar a Santa Teresa del Niño Jesús, «la estrella de su Pontificado».

Estaba profundamente convencido de que deseando él proclamar ante toda la Iglesia y el mundo entero, la realeza de Cristo, y mostrar los fundamentos bíblicos y teológicos de la gran verdad de que Cristo nos fue dado a los hombres no sólo como Redentor en quien hemos de confiar, sino también como Rey, a quien hemos de obedecer e imitar; lo cual hizo el gran Papa, poco después, en su Encíclica «Quas primas»; no podía proponer de antemano a todos los fieles un camino más llano y seguro para llegar a la obediencia y a la imitación de nuestro Divino Rey, que el ejemplo y la doctrina de Santa Teresa del Niño Jesús.

Así lo hizo, al elevársela al honor de los altares.

Ciñámonos a lo que con su autorizada palabra dijo respecto de la doctrina de la Santa.

En el Decreto de Beatificación (29 de abril de 1923), hizo notar con qué admirable providencia fue preparando el Señor a Teresa, desde sus primeros años, para que llegase a ser lo que él quería que fuese en su Iglesia; pues le adelantó notablemente el uso de la razón, y le dio tan preclara y viva inteligencia, que aun antes de sus diez años, hizo grandes progresos en sus estudios, mayormente en la Historia y en el Catecismo; hasta el punto que era llamada, ya entonces, «la pequeña Maestra». Y fue tan extraordinaria su memoria, que se aprendió al pie de la letra todo el libro *De la Imitación de Cristo*, y lo retuvo tenazmente.

En el mismo Decreto, al relatar el Papa los años de vida religiosa de Teresa en el Carmelo de Lisieux, y al referirse a la perfección con que ejerció el cargo de Maestra de novicias, añade: «Por mandato de sus Superiores, y para la edificación y salvación de innumerables almas, puso por escrito lo que ella misma vivía y enseñaba, para mostrar a todos el camino que lleva a la plenitud del amor de caridad; y en este comentario de su vida (*Historia de un alma*), difundido al presente por todo el orbe de la

tierra, no dudó en afirmar nuestro Predecesor, de reciente memoria, Pío X, que resplandece para ejemplo de todas las virtudes, y como alienta y respira el alma de la Virgen de Lisieux» (A.A.S., XV, 1923, págs. 203, 205).

Poco después, en carta al Cardenal Antonio Vico (14 de mayo de 1923), hizo notar Pío XI que fue mérito muy grande de los escritos de la Santa la oportunidad de ellos como remedio de los males de la época moderna, pues dice: «En medio de tan común olvido de las cosas celestiales; en este tan gran desprecio del orden sobrenatural; y en otros tiempos en que no pocos hombres se alzan con tan orgulloso espíritu para ignorar o para simular que ignoran a la Iglesia Católica, Madre de toda santidad y fautora de todo sano humanismo; hemos de atribuir a un singular don de Dios el hecho de que una joven, que había vivido desconocida en los claustros del Carmelo, haya venido a ser tan ilustre en todas partes, ya por la sencillez e ingenuidad de su alma y por su vida, parecidísima a la de los Ángeles; ya por el esplendor de sus virtudes y de sus milagros; ya finalmente por la perfección de aquella "infancia espiritual", que ella mostró en sí misma, y de la que se prestó a ser cándida Maestra, en el maravilloso libro que por encargo de sus Superiores escribió brillantemente y con belleza no buscada artificiosamente, sobre su propia vida» (A.S.S., ib., pág. 283).

Más de propósito y más espléndidamente nos manifestó Pío XI su sentir acerca de la doctrina de Santa Teresita, en su magnífica homilía de la solemne Misa de su canonización, el 17 de mayo de 1925.

Después de enaltecer con encendidas palabras la vida santa de infancia espiritual, según el Evangelio, en que fue admirable modelo la Virgen de Lisieux, pasa a celebrar con merecido encomio su celestial doctrina; es lo que ahora más hace a nuestro propósito. Dice así.

«No hay por qué nos admiremos de que en una mujer religiosa se haya cumplido aquella promesa de Cristo: "Todo el que se humillara como un niño, ése será el mayor en el reino de los cielos" (Mt 18,1). Plugo ciertamente a la divina benignidad ensalzar y enriquecer a Teresa con un don de sabiduría casi singular; pues aquella que había aprendido y como bebido abundantemente la doctrina de la fe en su formación catequística; la ascética, en el áureo libro *De la Imitación de Cristo*; y la mística, en los libros de su Padre San Juan de la Cruz; y además había apacentado y nutrido su mente y su alma con la asidua meditación de las Sagradas Escrituras; a ella el Espíritu de la verdad le abrió y le hizo patentes aquellas cosas que suele esconder a los sabios y prudentes según el mundo, y revelarlas a los pequeñuelos; y esto hasta tal punto, que según el testimonio de nuestro inmediato Predecesor [Benedicto XV], estuvo Teresa tan llena de ciencia de las cosas celestiales, que pudo mostrar a los demás el camino cierto de la salvación» (A.A.S., XVII, 1925, pág. 213).

Quien oye atentamente estas autorizadísimas palabras,

y las considera con serena reflexión, ¿no caerá en la cuenta de que han sido dos Sumos Pontífices, primeramente Benedicto XV, y después, y sobre todo, Pío XI, los que con sus solemnes declaraciones sobre la admirable doctrina y provechosísimas enseñanzas de Santa Teresa de Lisieux, han puesto la sólida base, y han abierto el seguro camino para que quizás algún día, otro Sumo Pontífice, si para ello se siente inspirado por el Espíritu Santo, la proclame Doctora de la Iglesia?

A lo menos, no se podrá tachar de despropósito esta iniciativa; sino que se habrá de reconocer que es fundada y viable.

Por lo demás, si, lanzada la idea, se acoge con respeto y devoción, como ilusionadamente esperamos, nos parece que quien se habría de encargar de promoverla, es la gloriosa Orden Carmelitana de Religiosos y Religiosas Carmelitas Descalzos; con la poderosa fuerza de la ínclita Orden Tercera de Nuestra Señora del Carmen.

La oración apostólica de Santa Teresa del Niño Jesús la hace acreedora a ser declarada patrona del Apostolado de la Oración

Esta otra iniciativa, que ahora presenta *Cristiandad*, le es singularmente peculiar, ya que esta Revista, surgida del seno de Schola Cordis Iesu, y sostenida por sus animosos socios, está íntimamente vinculada con el Apostolado de la Oración; el cual, en frase de Pío XII, es la mejor manera de dar culto al Sagrado Corazón de Jesús; como este Culto es el gran medio para llegar al Reino de Cristo.

Y también para fundamentar esta segunda idea vamos a acudir a la memorable homilía de Pío XI, en la solemne Misa de Canonización de la Santa Carmelita de Lisieux.

A continuación de sus palabras, antes citadas, sobre la excelsa doctrina de la Santa, añade: «De aquella tan copiosa participación de la divina luz y de la divina gracia, se encendió en Teresa tan grande incendio de caridad, que teniéndola como abstraída continuamente de su cuerpo, al fin llegó a consumirla; y por esto mismo, pudo candorosamente confesar, poco antes de dejar esta terrena vida, que «ella no había dado a Dios otra cosa que amor».

«Nos consta también que por esta fuerza de ardiente caridad, perduró siempre en la joven de Lisieux aquel propósito y empeño de trabajar por el amor de Jesús, para agradecerle solamente a Él, consolar su Corazón Sacratísimo, y promover la eterna salvación de muchas almas, que amasen perpetuamente a Cristo. Y que esto lo haya seguido deseando desde el cielo, tan pronto como llegó a la celeste Patria, y lo haya realizado y conseguido, se prueba fácilmente por aquella mística lluvia de rosas, que, por don de Dios, envió y continúa enviando a la tierra, como lo había prometido en vida» (A.A.S., ib.).

Oigamos ahora a la misma Santa: «Vine al Carmelo

para salvar almas; y sobre todo para rogar por los sacerdotes».

Y sus últimas palabras, poco antes de expirar, el 17 de julio de 1887, fueron éstas: «Presiento que mi misión va a comenzar; la misión de hacer amar a Dios, como yo le amo; la misión de enseñar a los hombres mi camino de confianza y de abandono. Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra. Esto no es imposible; pues también los ángeles velan por nosotros, desde el regazo mismo de la visión beatífica. ¡No, no podré tener ningún descanso hasta el fin de los siglos! Mas, cuando el Ángel haya dicho: "Ya no habrá dilatación", (Apoc 10, 6), entonces descansaré y podré gozar, porque el número de los elegidos estará completo. Todos habrán entrado en la felicidad sin fin. Mi corazón salta de gozo con este pensamiento».

¡Sublimes aspiraciones, y maravillosa fe en la eficacia apostólica de la oración!

A sus 15 años, Teresa no desea otra cosa que salvar almas; y para conseguir su ardiente deseo, su único intento, no halla otro medio mejor que consagrarse a la vida contemplativa, vida de oración, en el Carmelo. Y cuando va a entrar en el cielo, no piensa en otra cosa que en orar desde el cielo, para lograr, con su oración celeste, la salvación de muchas almas.

¿Qué hemos de pensar, y qué hemos de decir los socios del Apostolado de la Oración, ante estas maravillas de una perfectísima vida de oración, de oración eminentemente apostólica, de Santa Teresa del Niño Jesús, en la tierra y en el cielo? ¿Qué Patrona mejor podemos desear tener, que a la gran Santa, que fue y sigue siendo el gran Apóstol de la oración, y por la oración?

Y realmente, si cotejamos ahora las características de la oración que promueve y ejercita el Apostolado de la Oración, con las cualidades que hicieron eficazmente apostólica la oración de Santa Teresita; veremos que son como dos haces de luz divina, que se funden en un mismo haz luminoso, que alumbra las almas, las fecunda y las salva.

La oración del Apostolado de la Oración es, ante todo, oración de fe y de confianza; pues comienza nuestro ofrecimiento diario, por la mañana, con las palabras de invocación: «Señor mío y Dios mío, Jesucristo»; eco de las de Santo Tomás, el día octavo de la Resurrección de Jesús.

Es enseguida oración de consagración al Corazón Sagrado de Jesús, por el Corazón Inmaculado de María, Madre nuestra; y esta consagración es expresamente para unirnos con el mismo Corazón Sacratísimo de Nuestro Redentor, y en unión con Él, ofrecernos a Dios Padre, en su Santo Sacrificio del Altar. Es, pues, oración de quien se ofrece en sacrificio, como de víctima permanente, en unión con la Víctima divina, en el Sacrosanto Misterio de la Eucaristía.

Por lo mismo, es oración de ofrecimiento de todo lo que constituye como el tejido de la vida toda del cristiano: «mi oración y mi trabajo; mis sufrimientos y mis alegrías de hoy». Y así, oblación de la vida entera cotidiana;

en sacrificio de oración y en sacrificio de laboriosidad, tanto en los sufrimientos como en las alegrías, según los ejemplos de Cristo.

Es también oración con expreso fin apostólico, para la santificación propia y de los demás; pues lo ofrecemos todo en reparación por nuestros pecados; los de cada uno y los de todos los hombres. Y así, removido el impedimento de la salvación y santificación propia y ajena, que son los pecados; es ya, en definitiva, oración para que venga el Reino de Cristo; es decir, para que nosotros y los demás hombres tengamos tan verdadera y eficientemente a Cristo por nuestro Divino Rey, que, imitando sus ejemplos, vivamos en sumisa obediencia a Él y a sus Representantes, para que se haga la voluntad de Dios, así en la tierra como en el cielo.

Todavía más; es oración católica; o sea, universal, ecuménica; pues es oración en unión con la oración y las intenciones del Vicario de Cristo en la tierra; para secundar las que él mismo señala como suyas, y las encarga al Apostolado de la Oración, todos los años, y para cada mes del año.

Y por lo mismo que es oración eclesial y católica, es oración misional; pues se hace por la especial intención que el Sumo Pontífice designa para cada mes, por las graves necesidades y peculiares problemas de las Misiones.

Ahora bien; ¿fue acaso otra la oración apostólica de Santa Teresa del Niño Jesús? Fue esta misma, con las indicadas características y cualidades; pero lo fue ejemplarísimamente, con maravillosa perfección, como de modelo para todos nosotros, los que militamos en el ejército pacífico del Apostolado de la Oración.

Bastaría recorrer las páginas, caldeadas por el amor y ungidas por la oración, de la *Historia de un alma*, y de sus demás preciosos y celestiales escritos, para verificar todo esto, punto por punto. Y sería fácil y gratísimo hacerlo aquí; pero nos alargariamos desmesuradamente. Por lo demás, en manos de todos está, o puede estar, la colección, soberanamente hermosa, de sus escritos.

Un solo punto convendrá recordar con especial relieve; y es que Santa Teresita, por su eficazísimo apostolado, con su oración misional, en bien de las Misiones, fue declarada por Pío XI, el 14 de diciembre de 1927, «Patrona de todos los Misioneros, hombres y mujeres; y también de todas las Misiones existentes en toda la tierra, igual que San Francisco Javier, con todos los derechos y privilegios que lleva este títulos».

La conclusión se impone por su evidencia: tiene la Santa de Lisieux los más legítimos títulos y los más claros merecimientos, que la hacen acreedora, por su oración apostólica, para ser declarada Patrona del Apostolado de la Oración. Brinda *Cristiandad* esta idea a quien entiende podrá mejor hacerse cargo de ella, para promoverla eficazmente: a la Dirección General del Apostolado de la Oración; con el asesoramiento y cooperación de sus Direcciones Nacionales.

La infancia de Santa Teresa de Jesús

Texto de la charla que Antonio Prevosti Monclús pronunció en Lisieux el 22 de agosto del presente, dentro de la peregrinación que un numeroso grupo de miembros y amigos de Schola Cordis Iesu realizó a la ciudad de Santa Teresita, tal como relata en este mismo número José María Romero Baró.

Hace exactamente un siglo, el 30 de septiembre de 1887, moría en Lisieux Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, monja carmelita de 24 años de edad. En el centenario de este acontecimiento, volvemos con la Iglesia la mirada hacia esta santa, que no ha dejado de iluminar la Cristiandad del siglo xx, y cuya espiritualidad es además, tan esencial para Schola Cordis Iesu.

En esta charla me propongo, más que nada, recordar los hechos y episodios más significativos de su vida. A través de ellos podrá cada uno penetrar algo más en su mensaje espiritual, el cual se halla entretelado en la vida de Teresa como en pocos otros autores. Espero que ello no sea sino un acicate para la lectura de la *Historia de un alma*, sus escritos autobiográficos, publicados enseñada después de su muerte.

Parece algo coherente con su corta vida, o mejor, con la juventud de la imagen que nos ha dejado, lo que todos conocemos como el núcleo de su mensaje, el «caminito» de la infancia espiritual. Ahora bien, notemos, siguiendo una indicación de Torras y Bages, que la infancia siempre remite a la madre, y, sin duda, con la madre, también al padre. Por lo cual, hablar de infancia necesariamente significa situar la vida personal en una red de relaciones que llamamos familia. Por lo que el sentido de la infancia espiritual, sin duda, es algo que debe captarse desde la experiencia de la vida familiar. Como veremos, para Santa Teresa del Niño Jesús la vida familiar fue algo importantísimo, que la marcó profundamente, desde la cual y en el seno de la cual aprendió de hecho a amar a Dios, y nunca dejó de referirse a ese marco originario cuando progresó hasta las más excelsas alturas de ese amor. Por todo ello, me permito sugerir también que en la *Historia de un alma* se puede encontrar una abundantísima fuente de espiritualidad familiar.

Nació Santa Teresa del Niño Jesús el 2 de enero de 1873 en Alençon. Era ésta por aquel entonces una pequeña ciudad normanda, de unos 16.000 habitantes, famosa por la elaboración artesanal de encajes del llamado «punto de Alençon». Teresita recibió el bautismo el día 4 de enero en la iglesia de Notre-Dame.

En la *Historia de un alma*, en la que Teresa habla de sí misma comparándose a una florecilla blanca, divide

su vida en tres períodos, de los que el primero es el de su infancia en Alençon, hasta la muerte de su madre. Y este período empezó cuando Dios plantó aquella florecilla, según escribe ella misma, «en una tierra santa y como impregnada toda de un perfume virginal». Primera alusión a su familia, y al carácter providencial de su papel para con ella.

Describe santa Teresita a sus padres como «dos tallos benditos» que han producido nueve azucenas perfumadas: sus cuatro hermanas mayores, otros cuatro hermanitos que murieron antes de su nacimiento, y ella, la benjamina. Contemplemos por unos momentos a los miembros de esta piadosa y ejemplar familia cristiana, en la que se nutrió y se formó el alma de nuestra Santa.

Su padre, Luis Martin, tenía ya 49 años al nacimiento de Teresa. Era relojero, y con su laboriosidad y honestidad se había ganado una situación desahogada al casarse, a los 34 de edad, el año 1858. Era un hombre profundamente religioso, meditativo, amante de la soledad, pero buen esposo y padre perfecto para su amada prole.

La madre, Celia Guérin, hábil encajera, llevaba una pequeña industria de punto de Alençon, que llegó a emplear hasta 20 artesanas. A causa de la prosperidad de esta empresa, su marido vendió la relojería-joyería en 1870, para dedicarse él también al negocio de su esposa, a las tareas de gestión.

La hija mayor de este matrimonio, María, era 13 años mayor que Teresita y fue su madrina de bautismo. La segunda, Paulina, le llevaba 12 años a Teresa, y era su predilecta, su «ideal»; de tal manera que, a la muerte de la madre, la pequeña Teresa la eligió a ella para que le hiciera de madre. Fue Paulina la primera en hacerse carmelita, en el Carmelo de Lisieux, en el que llegarían a reunirse 4 hermanas. Paulina fue, además, priora del convento, con el nombre de Madre Inés de Jesús. La tercera hermana, Leonia, le llevaba 10 años a Teresa, y fue monja también, pero no carmelita, sino del convento de la Visitación, en Caen. Por último, Celina, 3 años y medio mayor que Teresa, fue su compañera de infancia, con la que se entendía muy bien.

Hay que notar que Teresa tenía gran devoción a sus

hermanitos que estaban ya en el Cielo, a donde, desde pequeña ella aspiraba ir, para formar cuanto antes, reunida allí finalmente toda la familia, un ramo de azucenas que deleitara a Jesús. En una carta, su madre narra una «diablura» de Teresita, que a la vez nos revela el amor y el deseo del cielo que reinaba en aquella familia. Dice así la madre:

«La nena es un diablillo sin igual. A veces viene a acariciarme y me desea la muerte: —"¡Oh, cómo me gustaría que te murieses, pobre madrecita mía!..." La riñen, y ella contesta: —"Pero es para que vayas al cielo, pues tú dices que hay que morir para ir allí." De igual modo desea la muerte a su padre cuando se halla en tales excesos de amor.» Podría decirse que los amorosos deseos de Teresa se cumplieron, pues pronto había de quedar huérfana de madre.

Cuando, a sus doce años, pasó por «la terrible enfermedad de los escrúpulos», Teresa se dirigió a sus hermanitos del cielo para pedirles la paz del alma. A ellos, que no habían conocido las turbaciones ni el miedo, les hizo notar que, como a hermanita pequeña y querida de todos, debían darle alguna muestra de cariño. Así sucedió muy pronto: Teresita sintió que «si era amada en la tierra, también lo era en el cielo», y sus escrúpulos desaparecieron.

Era santa Teresa, de niña, alegre y expansiva, vivaz, de una inteligencia precoz, y además, muy sensible tanto hacia las bellezas de la naturaleza, como para los afectos y los detalles de la relación humana. También tenía sus defectos, como ella misma cuenta: era terca, impaciente y tendía a encolerizarse; dice que su principal defecto era «un gran amor propio». Dado que todos la querían, sus padres y sus hermanas, hasta el punto de martirizarla a veces con tantos besos y caricias, podría haber sido desde luego una niña mimada. Si no fuera porque en aquella casa el amor era recto y no dejaban de corregirla, teniendo siempre presente la ley de Dios. En este ambiente, Teresita llegó a tener, desde bien pe-

queña, «un gran imperio sobre sus actos», semejante al que tendría en los últimos años de su existencia, ya en el Carmelo.

Hay un pequeño episodio en la infancia de Teresa que, según ella, es el resumen de toda su vida. Oigámoslo narrado con sus propias palabras:

«Un día, Leonia, viéndose ya demasiado mayor para jugar a las muñecas, vino a nuestro encuentro con una cesta llena de vestiditos y de bonitos retazos para hacer otros nuevos. Encima de todo llevaba acostada a su muñeca. —«Tomad, hermanitas mías, nos dijo, *escoged*, os lo doy todo.» Celina alargó la mano y cogió un pequeño mazo de presillas que le gustaba. Tras un momento de reflexión, alargué a mi vez la mano, diciendo: —«*¡Yo lo escojo todo!*», y cogí la cesta sin más ceremonias. A los testigos de la escena les pareció muy justa la cosa. Ni siquiera a Celina se le ocurrió quejarse...»

Añade Santa Teresa en su *Historia de un alma* que más tarde comprendió «que en la perfección había muchos grados y que cada alma era libre de responder a las insinuaciones de nuestro Señor, de hacer poco o mucho por él, en una palabra, de *escoger* entre los sacrificios que él pide. Entonces —dice— como en los días de su primera infancia, exclamó: «Dios mío, "*yo lo escojo todo*". No quiero ser *santa a medias*, no me asusta sufrir por vos. Sólo me asusta una cosa: conservar mi propia *voluntad*. Tomadla, porque "*yo escojo todo*" lo que vos queréis...».

El año 1877 —Teresa tendría 4 años recién cumplidos— Celia, la madre, sufre una grave y fatal enfermedad. Un tumor canceroso en el pecho, que los médicos no pueden ya operar, la hará sufrir durante 8 meses, hasta terminar con su vida el 28 de agosto del mismo año. La muerte de la madre significa un cambio en la vida de Santa Teresita: es el fin de la etapa feliz de su infancia y el inicio del segundo período de su existencia, el que ella califica como «el más doloroso de los tres». Se extiende este período desde los cuatro años y medio hasta los ca-

«... como nosotros, vivían de fe»

Lo que más me edifica cuando medito el secreto de la Sagrada Familia, es la idea de una vida del todo ordinaria. La Santísima Virgen y San José sabían ciertamente que Jesús era Dios; y, sin embargo, muchos misterios les estaban ocultos y, como nosotros, vivían de fe. ¿No os ha extrañado esta afirmación del texto sagrado: *Ellos no comprendieron lo que les decía?* Y aquella otra, no menos misteriosa: *Sus padres estaban maravillados de lo que se decía de Él.* ¿No es de creer que aprenderían algo? Porque esta admiración arguye alguna sorpresa...

torce, época en que, según sus palabras «reencontró su carácter de niña, a la vez que entraba en lo serio de la vida». Durante la segunda etapa, Teresa cambió su carácter antes tan vivo y expansivo y se volvió tímida y dulce, e hipersensible. Lloraba por nada y no soportaba la compañía de personas extrañas.

Este período coincide también, prácticamente, con la vida en los Buissonnets. Es éste el nombre que dieron a la casa que el Sr. Martin alquiló en Lisieux y a la que se trasladó con sus hijas, poco después de la muerte de mamá, y a instancias del tío Isidoro, farmacéutico en aquella población. Lisieux, con más de 18.000 habitantes, era la primera ciudad industrial de la región de Calvados. Subiendo a la izquierda un estrecho camino de las afueras, que el Sr. Martin llamaba «el camino del Paraíso», una puerta abierta en un muro permite el acceso a un jardín, en el cual se levanta, como aislada del resto del pueblo, una bonita mansión de planta baja y dos pisos, que iba a constituir el centro del pequeño universo de Teresa desde aquel noviembre de 1877 hasta su entrada en el Carmelo.

¿Cómo era la vida de Teresa en los Buissonnets? Digamos primeramente que, al faltar la madre, María, la mayor, tomó en sus manos el gobierno de la casa, mientras que Paulina, a sus dieciséis años, se encargaba de la educación de las dos pequeñas, sobre todo de Teresa, pues no empezaban a ir a la escuela hasta cumplidos los 8 años. Había clase de lectura, de escritura, de gramática, catecismo, historia sagrada, etc. Como el padre solía retirarse al «Belvedere», el mirador del segundo piso, a leer, escribir y meditar, las niñas subían al fin de las clases a comunicarle el aprovechamiento de las lecciones. Todas las tardes, si no llovía, salían con papá a dar un paseo; hacían visita al Santísimo, cada día en una iglesia distinta. A la vuelta a casa, se hacían los deberes, y en el tiempo restante, Teresita jugaba en el jardín alrededor de su «Rey» (así llamaba a su padre), ya que, como dice, «no sabía jugar a muñecas». Uno de sus juegos, según

nos cuenta, era levantar altarcitos en un hueco de la tapia, lo cual nos recuerda los juegos infantiles de Sta. Teresa de Ávila, su patrona, y revela la afinidad de aquellos dos espíritus.

En el verano de 1882, Teresa se entera de que su hermana Paulina, la que le hace de segunda madre, va a entrar en el Carmelo de Lisieux. Esta separación, comparable a la primera pérdida de su madre, supuso un gran disgusto para Teresa, que empezó a ver multiplicados sus sufrimientos. Al mismo tiempo, sin embargo, Teresa comprendió que ella también había de entrar en el Carmelo, que Jesús la esperaba ahí dentro, idea que ya no la abandonaría hasta verse realizada.

Los sufrimientos de su alma culminaron al cabo de unos meses en una «extraña enfermedad», que Teresa sin titubear atribuye al demonio, durante la cual parecía estar casi siempre en delirio, diciendo y haciendo cosas que no pensaba y pronunciando palabras sin sentido. La curación, sin embargo, vino repentinamente y de manos de la Virgen María. Fue un día en que su hermana mayor, María, no sabiendo ya qué hacer, se arrodilló junto a Leonia y Celina ante una imagen de la Santísima Virgen muy venerada de la familia, e invocándola «con el fervor de una madre que pide la vida de su hijo», obtuvo lo que deseaba. En efecto, Teresa, que también volvió su mirada hacia la Virgen, la vio muy hermosa y percibió que le sonreía. En aquel momento, todas sus penas se desvanecieron y quedó inmediatamente curada.

En mayo de 1884, a los 11 años de edad, Teresa hizo su Primera Comunión. Con ello, Teresa iba aprendiendo a hacer oración, no tanto por la enseñanza recibida de los que la rodeaban, cuanto de Jesús mismo, que vino a ser su único Maestro. El abate Domin, que la había preparado, con tino casi profético, la llamaba «mi doctorcito». Teresita obtuvo permiso para comulgar con mayor largueza que lo que era habitual en aquella época: pudo hacerlo en todas las fiestas principales, sumando un total de 22 veces en 14 meses. Poco después recibió

«Es más madre que reina»

Sabemos muy bien que la Santísima Virgen es la Reina del cielo y de la tierra, pero es más madre que reina, y no se debe decir que a causa de sus prerrogativas eclipsa la gloria de todos los santos, a la manera que el sol, al amanecer, hace desaparecer las estrellas. ¡Dios mío, qué extraño es esto! ¡Una madre que hace desaparecer la gloria de sus hijos! Yo pienso todo lo contrario. Creo que ella aumentará en mucho el esplendor de los elegidos.

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS:
Últimas conversaciones

también la Confirmación, con la que afirma que recibió «fortaleza para sufrir».

Pasado el episodio de los escrúpulos, del que ya antes hemos hecho mención, Teresa seguía siendo demasiado sensible, y su familia la tenía por una niña floja, buena y dulce, pero inútil e ignorante. Por esto, su repentino cambio, la noche de Navidad de 1886, aparece nuevamente como un milagro, una pura gracia del Señor, al igual que tantos otros momentos de su vida.

Teresa llama a ese cambio «mi completa conversión». Es también su salida de la infancia, el fin del segundo período de su vida y la entrada en el tercero, el mejor de todos.

Fue a la vuelta de la misa de medianoche, el 25 de diciembre de 1886, cuando la familia se disponía a repetir la vieja costumbre de los regalos en los zapatos ante la chimenea. El Sr. Martín, fatigado, comentó: «¡Afortunadamente, ya es el último año!...» Teresa estaba subiendo la escalera en aquel momento, para dejar su sombrero. Al oír las palabras de su padre, que le atravesaron el corazón, estaba a punto ya de echarse a llorar, cuando sintió que Jesús le había cambiado el corazón. Hizo el esfuerzo, ahogó sus lágrimas, bajó la escalera, cogió los zapatos y, *gozosamente*, fue sacando todos los regalos con aire de reina complacida. Escuchemos sus propias palabras, narrando el cambio en ella realizado: «Papá reía, recobrado ya su buen humor, ¡y Celina creía estar soñando!... Felizmente, no era un sueño, sino una dulce realidad: ¡Teresita había vuelto a encontrar la fortaleza de su alma, perdida a los cuatro años y medio, y habría de conservarla ya para siempre!...» «La obra que yo no había conseguido realizar en diez años, Jesús la consumió en un instante, contentándose con mi *buena voluntad*, que, por cierto, nunca me había faltado. Yo podía decirle como sus apóstoles: "Señor, he estado pescando toda la noche sin coger nada."»

Desde entonces, dice Santa Teresita que sintió un gran deseo de trabajar por la conversión de los pecadores y se convirtió en una pescadora de almas. «Un domingo —cuenta—, contemplando una estampa de Nuestro Señor en la cruz, quedé profundamente impresionada al ver la sangre que caía de una de sus manos divinas. Experimenté una pena inmensa al pensar que aquella sangre caía al suelo sin que nadie se apresurase a recogerla; y resolví mantenerme en espíritu al pie de la cruz para recibir el divino rocío que goteaba de ella, comprendiendo que después tendría que derramarlo sobre las almas...».

Aquí es donde se inserta su plegaria por un criminal condenado a muerte del que se hicieron eco los periódicos franceses. Teresita consiguió del Cielo un signo de su arrepentimiento: pues en el último instante el reo impenitente pidió un crucifijo y lo besó repetidamente. Santa Teresa del Niño Jesús llamó a éste «su primer hijo».

Esta gracia recibida acabará de determinar a Teresa a entrar en el Carmelo. Es larga la narración de los obstáculos que, debido a su corta edad, la chica tuvo que superar. Primero, obtener el sí paterno. Esto, aunque costó a ambos, padre e hija, no fue muy difícil, y lo obtuvo en el jardín de los Buissonnets, donde en la actualidad una escultura recuerda aquel instante. Los demás obstáculos fueron más difíciles de superar: la oposición de su tío y tutor, la del superior del Carmelo, la del obispo de la diócesis. Como su padre se había inscrito en una peregrinación a Roma, organizada para dar soporte a León XIII, Teresa concibió la idea de apelar al Papa para conseguir su deseo.

El viaje a Roma del Sr. Martín y sus hijas pequeñas, Celina y Teresa, fue sin duda algo sonado. Para Teresa, además, fue una experiencia de vital importancia. En él acabó de darse cuenta de lo que es el mundo y lo que son los hombres. Un descubrimiento particularmente grave, fue para ella el de la debilidad humana de los sacerdotes, a quienes había idealizado hasta aquel momento. Pero así fue como comprendió el porqué de la misión peculiar de las carmelitas de rezar por los sacerdotes.

Por último, está la audiencia con el Papa, el día tan esperado, en el que se decidiría si podía entrar en el Carmelo. Pero aquella audiencia fue para ella un nuevo desengaño. Debido a la fatiga de Su Santidad, se prohíbe a las mujeres hablarle al Papa. Teresa duda acerca de su resolución. Celina le dice: «¡Habla!». Al llegar ante León XIII, Teresita se arrodilla, besa su sandalia y empieza a hablar: «Santísimo Padre, tengo que pedir una gracia muy grande...» Como el Papa no comprendía muy bien lo que decía la niña, se dirigió al vicario general que estaba a su lado, y éste, molesto por el incidente, atajó: «Santísimo Padre, se trata de *una niña* que desea entrar en el Carmelo a los quince años; pero los superiores se están ocupando del asunto.» «Pues bien, hija mía —respondió el Papa—, haced lo que decidan vuestros superiores.» Como Teresita intentó insistir, León XIII le dijo «Vamos, vamos... ¡Entraréis si Dios lo quiere!» y fue llevada por la fuerza.

Habiendo fracasado, pues, este último intento, todo parecía ya perdido, pero el hecho es que a la vuelta del viaje, las cosas se van arreglando rápidamente, y Teresa puede entrar en el Carmelo de Lisieux el lunes 9 de abril de 1888.

Fue desde luego en su vida de carmelita cuando Teresa adelantó en su camino de santidad a pasos agigantados. Seguir la aquí en los pormenores de su vida, como hemos hecho hasta ahora, nos alargaría demasiado, y posiblemente tampoco sería lo más útil. Creo preferible terminar sugiriendo la lectura de algunos fragmentos de sus escritos, que nos lleven, lo más directamente posible, hacia el núcleo de su espiritualidad.

El padre Ignasi Casanovas, S.I., y Santa Teresa del Niño Jesús

Texto de la conferencia del padre Isidre Burunat, S.I., dada en Balmesiana (23 de abril de 1997), dentro del ciclo «Centenari de la mort de Santa Teresa de Jesús Infant (1897-1997)»

Creo que fue Octavi Saltor quien dijo en cierta ocasión que la devoción activa del sabio Director de Balmesiana a santa Teresita de Lisieux era como «un puente espiritual entre dos almas gemelas». La figura es poética pero bastante real.

Ciertamente, no consta en ninguna parte que estas vidas espirituales, el padre jesuita y nuestra religiosa del Carmelo, se hubiesen conocido personalmente, pero sus sensibilidades conectaron por medio de sus escritos, de sus espiritualidades: en el fondo, ambas de fe cristiana y de propagación evangélica, actividades diversas; y ambas una misma entrega total y ardiente por amor a Jesucristo. Observemos en uno y otra el ambiente cristianísimo vivido en las respectivas familias.

Cronológicamente pertenecen más o menos a la misma generación, la de la *Belle époque*, pero socialmente están al margen de aquella triste vaharada. Teresa nace, la pequeña de nueve hermanos, en la feraz Normandía francesa, de unos padres ejemplares; Ignasi Casanovas, en la más seca y dura comarca catalana, cerca de Manresa, en Santpedor de Bages, también hijo pequeño de una familia numerosa, campesina, tirando a pobre. Pero cumplidora y piadosa a más no poder. Y si ambos niños pierden a su madre, sus desolados padres, de acuerdo con sus recursos, cuidan, ayudados por los respectivas hermanas mayores, de la debida formación de los pequeños. Estas hermanas mayores también acabarán siendo religiosas de espíritu y de hábito carmelitano.

No resulta fácil sintetizar en pocas palabras, aunque sea superficialmente, el currículum de estos dos apóstoles de actuación tan intensa, tras las pisadas de Cristo, testimoniando la fe recibida hasta el martirio, cruento el del uno, relativamente incruento el de la religiosa, intensamente consumida de amor y de sufrimiento. Cuando, después de años suspirando por ser admitida en el Carmelo, finalmente lo consiguió bajo el nombre de Teresa del Niño Jesús, ella, con el permiso de la priora, añadió «... y de la Santa Faz», manifiesta referencia a la pasión de Jesucristo. Y es que, en el fondo, la espiritualidad de la Santa de Lisieux consiste en convertir cualquier sufrimiento, material o espiritual, físico o anímico, en una verdadera fusión de amor.

Tenía doce años cuando Dios llamó al joven Ignacio a la vocación religiosa. Su padre, generoso, le dio permi-

so para que la iniciara en el seminario «de pobre», en la ciudad de Vic. Pero después de los contactos estivales con los jesuitas de la Cueva de Manresa —sobre todo con su confesor, el padre Nonell— pidió ser admitido en la Compañía de Jesús. Ya tenía 16 años al entrar en el noviciado de Veruela (Zaragoza). Allí era maestro de novicios el experto padre Cervós.

Acabó el noviciado con inmejorables informes respecto de sus cualidades humanas y espirituales. El muchacho tenía talento, era juicioso, hombre de corazón, fuerte de espíritu y comprensivo, sensible al arte y a la belleza, constante y trabajador, y delicado en el trato humano. ¡Y nunca desfallecía ante las dificultades! Clarividente y hombre de futuro, a medida que iba superando las diferentes etapas de formación crecían y se afianzaban más y más los elementos de este modesto esbozo de la manera de proceder y de ser del jesuita padre Casanovas.

Acabado el largo período de los estudios, ordenado en Tortosa por el obispo doctor Rocamora (julio de 1903), y poco más tarde incorporado definitivamente a la Compañía de Jesús, el novel sacerdote se lanzó a un ferviente apostolado con proyección de futuro, sin dejar, no obstante, sus estudios, que fueron constante de su vida. Decía su admirado doctor Torras i Bages: «El padre Casanovas es un juicioso intelectual de los pies a la cabeza». Pero de una intelectualidad en ningún caso desconectada del mundo, sino activa y orientada a elevar a la juventud de su país hacia Dios. Todos sus esfuerzos, que fueron tantos, en la fundación y sostenimiento del Foment de Pietat, que tantas preocupaciones le causó, lo ponen de manifiesto.

Se dice a menudo que la gracia perfecciona a la naturaleza. Esto es evidente en la vida de la Santa del Carmelo, como ella misma reconoce en sus memorias, aunque su clarividencia espiritual le empuja a dejarse conducir por la voluntad de Dios. No es el fruto de su propio esfuerzo, sino la positiva respuesta a la voluntad de Dios. Más que un método, es una constante actitud receptiva, atenta siempre al *sí* que le pida Dios. A esto llamaba la sinceramente humilde «pequeña Teresa» su «caminito», menospreciado por tantos. La Iglesia les replicaba por boca del cardenal Secretario de Estado, Eugenio Pacelli, gran devoto de la Santa y poco más tarde papa con el nombre de Pío XII:

«Los sabios doctores de la Ley son de nuevo niños de escuela: el Supremo Pastor ha exaltado a la humilde religiosa rezándole con insistencia. Y actualmente, de un extremo al otro de la tierra, son millones las almas que en la vida interior han sentido la benéfica influencia de un librito: *Historia de un alma...* ¡Oh, pequeña Santa!».

Este «librito», que provocó tanto revuelo en los ambientes religiosos del mundo moderno, en pleno confusio-nismo modernista, conmovió al sabio jesuita, hombre prudente y recto, el padre Casanovas. El apóstol que siempre fue había encontrado la piedra preciosa y se apresuró a comunicar al prójimo el alegre hallazgo.

Honestamente leída la obra de santa Teresita, meditada y propagada, tan espiritualmente impresionado a la vez por el contenido y por las críticas tan inconsideradas que hacían muchos, el padre Casanovas se puso a la tarea. De aquí salió *L'ànima de santa Teresa de Jesús Infant*, tan sustancioso, afinado y sensible.

El mismo padre Casanovas afirma en el prólogo su propósito: «... no tratamos de hacer un estudio crítico por cuenta propia, sino una sencilla ordenación y estructuración de los elementos que nos ofrece la misma Santa o las personas que tuvieron con ella más íntima conexión. He aquí el objetivo final de la obra. Los que piensan y dicen de santa Teresita: "Hemos de conocer, amar y seguir a nuestro Señor Jesucristo, y no detenernos en repetir frases bonitas y deshojar rosas a los pies de un Crucifijo"; los que de esta manera juzgan y hablan, si se refieren a Santa Teresita, ni conocen su vida ni han penetrado su doctrina: han visto tan sólo una caricatura, que les hace apartar la mirada».

Y aquí viene a propósito una acertada observación del biógrafo padre Batllori: que si bien el objetivo de la obra es el que acabamos de decir, debe añadirse otra razón subjetiva: el libro es un ex-voto. Habían surgido graves dificultades, tanto para el padre Casanovas como para las instituciones de las que era director o consiliario. Y sobre estos graves inconvenientes la religiosa virgen normanda lanzó uno de sus «pétalos milagrosos», sin especificar la calidad de la gracia recibida. Y el padre Batllori puntualiza: «Dulcemente el padre Casanovas va analizando la fisonomía espiritual de la Santa, esto es —inteligencia, voluntad, sentimiento—, la nota característica, su amor divino, su doctrina de la muerte, donde se detiene con singular ternura y devoción». Y añade: «es uno de los estudios más amorosamente escritos por la padre Casanovas».

He aquí por qué pudo decir el padre Miquel d'Esplugues que el libro del padre Casanovas sobre el alma de santa Teresa se cuenta entre los mejores escritos referidos a la Santa de Lisieux.

Y otro hijo de san Ignacio, el prestigioso francés padre Laurentin, admirador de la obra del jesuita catalán

en la Institución Balmesiana, hablando con un joven jesuita de Barcelona sobre la polémica desatada de nuevo sobre la nueva edición «auténtica» de los escritos autobiográficos de la Santa de Lisieux, opinaba: «Pocos entendieron desde el principio la doctrina teresiana de la "infancia espiritual" como vuestro padre Casanovas». Y a continuación salieron a relucir los nombres, ya clásicos en la materia, de Philipon, Petitot, von Balthasar, Smet, etc. Hoy no ignoramos el efecto espiritual y humano que la autobiografía de la Santa causó en su preparado lector.

Es singularmente significativo que en el decreto pontificio no sólo se aprueban las virtudes de la Santa, sino también su doctrina, don de Dios y de sabiduría absolutamente excepcional, habiendo recibido a la vez tal ciencia de las cosas sobrenaturales que pudo señalar a los demás un camino seguro de salvación (discurso del papa Pío XI).

¿Y de dónde manaba esta humilde y eficazísima herencia que los papas modernos tanto ponderan y recomiendan? Lo han dicho muy claro: el fundamento del camino teresiano de la «infancia espiritual» lo tenemos bien patente en el mismo Evangelio:

«En verdad os digo, si no os tornareis e hicieréis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así pues, el que se hiciere pequeño como este niño, éste es el mayor en el reino de los cielos» (Mt 18,3).

Parece fácil entender la afirmación rotunda de Jesús. No obstante, se necesita una gracia particular para alcanzar el secreto de la perfección evangélica. ¡Y Teresa de Lisieux la alcanzó! En realidad, los rasgos fundamentales pueden reducirse a uno solo: hacerse sinceramente niños ante Dios y ante los hermanos. Y no por espíritu infantil y enfermizo, sino por amor, por sencillez, por candidez y ausencia absoluta de complicaciones en la vida interior... Y esta era precisamente la imagen psicológica de santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz. A pesar de las dificultades del camino, ella se fiaba del Padre, seguía fielmente al Maestro y Señor del Evangelio y nunca ponía trabas al impulso del Espíritu Santo. Es decir: vida de confianza plena y filial abandono, humildad sincera, fidelidad a las pequeñeces... Y, por encima de todo, ¡el amor!

La Santa del Carmelo, tan inteligente y sincera, psicológicamente tan sutil para captar los movimientos interiores en los caminos de la perfección, no era mujer de libros, ni tan sólo los propios memoriales escritos por obediencia, pero no era una iletrada. Le bastaba el «Libro de los libros», especialmente el Nuevo Testamento. Pero fue entendida por un hombre de libros, el padre Casanovas. Y es que, como nos recuerda el Maestro en el Evangelio, hay muchas moradas en la casa del Padre; nuestros carismas en el quehacer terreno son distintos.

El padre Ferran M. Palmés, eminente profesor que después de nuestra nefasta guerra civil sucedió al padre Casanovas en la acreditada Institución Balmesiana, ponderando las diversas fundaciones de su antecesor mártir, escribió:

«El padre Casanovas, más que un organizador y forjador de planes e instituciones, fue un notabilísimo pensador y escritor. Y sus obras nos revelan un aspecto nuevo, quizá el más importante de su rica personalidad».

En efecto, aún no completada su formación —julio de 1905— su palabra, hablada o escrita, era sembrada abundantemente y con celo para dar su fruto en los demás, sobre todo entre la juventud, a la que quería esperanzada, honesta, recta y bien preparada. Multitud de artículos, conferencias, valuosas publicaciones de muy diversos temas, investigaciones y estudios críticos, sobre historia, filología y estética, de apología de la religión... y todo sin olvidar nunca los ministerios propios de su sacerdocio, vividos siempre con intensidad. Aun habría que añadir sus sensatas direcciones espirituales, sus tandas de Ejercicios ignacianos y la abundante relación personal o por correo con las figuras más prestigiosas de su país: de Gaudí a Maragall, de Torras i Bages a Pompeu Fabra, de Menéndez Pelayo a Cambó...

El padre Batllori nos recuerda que «en su despacho que como director tenía el padre Casanovas en la Biblioteca Balmes frente a su mesa colgaban dos cuadros, símbolos de toda su vida espiritual y cultural: un san Ignacio enfermo en Loyola y una reproducción preciosa del famoso Balmes de Madrazo. Pero si quisiésemos matizar un poco más su espiritualidad y su pensamiento, junto a san Ignacio deberíamos colocar uno de aquellos encantadores dibujos de santa Teresita del Niño Jesús que a ruegos del padre Casanovas dibujó Ramón Casas; y junto al retrato de Balmes, debería colocarse el de Torras i Bages, uno de sus autores predilectos ya desde los años iniciales de su autoformación...»

Y si bien las circunstancias vividas no fueron ciertamente iguales en uno y otra, el amor de Dios y las preocupaciones por los que, de cerca o de lejos, eran también hijos de la providencia, fueron también parecidas en una y otro.

Decíamos al principio que una de las semejanzas de estas dos almas gemelas era también el final de su vida, mejor dicho, el martirio de su muerte, aunque no coincidieran en el tiempo.

Efectivamente, la Santa religiosa de Lisieux nació en Alençon en enero de 1873 y murió en el Carmelo de Lisieux el 30 de setiembre de 1897. Sólo tenía 24 años. El humanista apóstol, el infatigable jesuita catalán de Santpedor, había nacido en agosto de 1872 y se lo llevó la revuelta iconoclasta del año 36, en plena madurez de

sus sesenta años. Se lo llevaron atado de manos, una madrugada otoñal del mes de setiembre de la casa refugio de unos amigos de Barcelona. Dios permitió que a pesar de las indagaciones no se consiguiese encontrar sus restos. A pesar de todo, es evidente que «Yo no se decir nada mejor que hay que seguir los caminos que nos señala el Señor, aunque son de dolor, o precisamente porque lo son...»

Fidelidad a una llamada, al sacrificio por amor a Cristo, martirio, cruento o incruento —¡qué más da!— dos voluntades gemelas y ejemplares siguiendo las pisadas de Jesucristo. Es aquel misterioso y bíblico «en holocausto tan grato a Dios».

Como para concluir el recuerdo de aquellas almas que latían al unísono del Sagrado Corazón del Señor vienen a cuento unas líneas representativas de la Santa de Lisieux. Las buenas hermanas del convento le llamaban «la pequeña mártir». En sus últimos años sufría terriblemente. En su lúcido comentario nuestro padre Casanovas afirmaba que «la nota característica era el Amor Divino». Pero en el tercer apartado concreta un poco más: «El amor sacrificado, la vocación al martirio; al martirio del cuerpo y al martirio del alma, martirio de los pequeños sacrificios que tanto ejerció por verdadero amor Teresa de Lisieux...».

Asimismo, y nada menos que destilada en verso, la Santa define esta actitud de total entrega con exquisitez:

Vivir de amor es darse sin medida
y en este mundo ninguna paga reclamar;
y doy yo sin cálculo tan segura,
que cuando se ama no hay que contar.

Lo que el padre Ignasi Casanovas comentaba de su admirada Santa se puede aplicar a la propia fidelidad martirial:

«No sé decir nada mejor, sólo que hay que seguir los caminos que nos señala el Señor, aunque sean de dolor, o precisamente porque lo son... Él sabe muy bien adónde nos conduce y debemos prescindir de nuestra pequeñez y elevarnos a aspiraciones auténticamente espirituales y eternas.

«Es verdad que tengo ideales, pero mi ideal está condicionado. Dado que por mi vocación a la Compañía de Jesús he tomado por ley universal de la Divina Voluntad, la obediencia; a la obediencia queda totalmente ligado mi ideal. Ciertamente que muchos sacrificios me ha costado y *otros gravísimos me esperan*. Quedan todos aceptados».

¿Cabe decir más? No lo creo. Verdaderamente, los caminos los señala el Señor, y nuestra misión consiste en seguirlos, con mayor o menor sacrificio.

María en la vida y en las obras de Santa Teresa del Niño Jesús

*Texto de la conferencia del padre **Jordi Gil i Costa, O.Carm.**, dada en Balmesiana (7 de mayo de 1997), dentro del ciclo «Centenari de la mort de Santa Teresa de Jesús Infant (1897-1997)»*

Santa Teresa del Niño Jesús no escribió ningún manual de mariología ni, mucho menos, ningún libro de espiritualidad mariana. Esto no quiere decir que no tuviera una visión, una relación y una experiencia propias y particulares. La Madre de Dios está especialmente presente en toda su vida y en sus escritos, pero no por el hecho de nombrarla constantemente.

No olvidemos que Teresa de Lisieux fue miembro de la Orden de los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, concretamente, de la observancia descalza o teresiana. La frase «El Carmelo es todo mariano» es muy famosa en la Orden del Carmen; y tradicionalmente también decimos —los carmelitas— que el Carmelo es la «Orden de María». Santa Teresita hizo la profesión religiosa el 8 de septiembre de 1890, fiesta de la Natividad de María, y recibió el velo en la fiesta de la Virgen de la Merced —el 24 de septiembre— del mismo año.

Por la vivencia y por los escritos es indudable que la enseñanza mariana de Teresita está sólidamente arraigada en la espiritualidad mariana del Carmelo. Haciendo un poco de historia, debe recordarse que la literatura espiritual del siglo xvii tiene como nota característica, sobre todo en Francia, el florecimiento de la mariología. Este fenómeno es muy patente en la Orden del Carmen, que en aquellos momentos tenía una fuerte presencia en el país vecino. Además del Carmelo de la Antigua Observancia, con ocho provincias religiosas, florecía vigorosamente el Carmelo descalzo.

En el convento de Rennes, del Carmelo antiguo, nació la llamada Reforma turonense, que se extendió por toda Europa y llegó, incluso, hasta el Brasil. Figura fundamental de esta reforma, en el campo mariano, fue el religioso belga, el venerable P. Miguel de San Agustín, que en 1669 publicó el opúsculo *Vita Mariaeformis et mariana in Maria et propter Mariam*. En esta obra su autor aspira a conducir a las almas, por la vía mariaforme y mariana, a la oración y a la unión con Dios; acentúa el autor el afecto filial hacia la Madre Amabilísima y presenta una doctrina clara de *infancia espiritual*. Mas tar-

de, y también en Francia, se conoció la benéfica influencia del gran apóstol mariano san Luis María Grignon de Montfort, nacido en 1673 cerca de Rennes. En 1712 concluía su *Tratado de la verdadera devoción*, que permaneció escondido hasta el 1842, pero a partir de entonces fue editado en innumerables ocasiones y traducido a casi todas las lenguas. Esta obra, que tiene profundas semejanzas con el tratado de Miguel de San Agustín, ha influido poderosamente en la evolución de la espiritualidad mariana posterior.

En el siglo xix tenemos en Francia las famosas apariciones marianas de la Rue du Bac de París a la Hija de la Caridad Santa Catalina Labouré (1830); también se apareció la Madre de Dios a los jóvenes Maximino y Melania en La Salette (1846) y en Lourdes, la Inmaculada Concepción se dirigió a Santa Bernardette Soubirous (1858).

También en la vivencia mariana de Teresita, reflejada en sus escritos, hay, naturalmente, la influencia de toda esta experiencia eclesial en torno a la Madre de Dios. Para comprender mejor cuál es la espiritualidad mariana de Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz hay que contemplar tres componentes: la doctrina, la piedad y la intimidad, la cual fructifica en la experiencia mística.

La doctrina

En el desarrollo de su doctrina, Santa Teresita tiene un enfoque del tema mariano propio y peculiar. En ella resulta muy difícil —por no decir imposible— deslindar su doctrina de su vida. La vida de Teresa de Lisieux fue eminentemente mariana.

La suya es una verdadera doctrina, de gran actualidad porque se acerca a las enseñanzas del Concilio Vaticano II (*Lumen Gentium*) de los papas Paulo VI (*Marialis Cultus*) y Juan Pablo II (*Redemptoris Mater*).

En la reflexión mariana de Santa Teresa deben distinguirse dos realidades: el contenido doctrinal y la manera de presentarlo.

Presentación

Tiene una gran originalidad en la presentación. Esto viene dado por su peculiar enfoque, que se puede dividir en tres aspectos fundamentales:

—Enfoque bíblico: Nada sin la palabra inspirada. Para hablar adecuadamente de María hay que hacerlo desde la Sagrada Escritura.

—Enfoque antropológico: María fue, antes que nada, mujer. Hay que insistir más en presentar la vertiente humana de María que su carácter sobrenatural.

—Enfoque pastoral o pedagógico: María, libro abierto. María no es un lujo para la Iglesia, sino una necesidad, un carisma muy importante.

Contenido doctrinal

En el contenido doctrinal no ofrece ninguna novedad destacada. Santa Teresa del Niño Jesús sigue las opiniones de los mariólogos equilibrados de su tiempo, sin hacer, mediante descubrimientos personales, ningún avance sensible en la ciencia mariológica. Si acaso, se podría hablar de ciertas intuiciones.

Sopesados los pros y los contras, debe admitirse que los primeros prevalecen sobre los segundos. Éstos —los contras— se reducen a dos puntos concretos de poca significación: haberse apoyado en ciertos autores precedentes, copiando algunas de las ideas más en consonancia con su sensibilidad espiritual; y haber defendido enfáticamente que María prefirió la virginidad a la Maternidad divina.

En cambio, los pros son de una entidad muy considerable. No sólo sostuvo y enriqueció con sus reflexiones teológico-vitales la doctrina mariana tradicional, sino que incluso avanzó y precedió a la misma Iglesia del Vaticano II, en el nuevo estilo y enfoque de la ciencia mariológica.

Cada vez más se ha podido ver cómo Santa Teresita tenía verdaderamente algo que decir en el sí de la Iglesia con respecto al misterio de María. Y que lo hizo no sólo con solidez doctrinal, sino también con indiscutible autoridad, la que brotaba de su vivencia espiritual de este misterio.

La piedad

La piedad mariana de Santa Teresita se nos presenta como una parte esencial de su espiritualidad. Y nos ofrece, además, una muestra de su realismo. Esta piedad se manifiesta principalmente mediante la veneración y la invocación.

Veneración

En efecto, su culto de veneración es eminentemente práctico. Sabe traducir su fe en el misterio de María en formas devocionales concretas. Y en esto también pone en evidencia su gran intuición. Ya que tales formas no sólo eran las más recomendadas por la Iglesia de su tiempo, sino que, incluso, son las que tienden a mantenerse en el nuestro, a pesar de los diversos y acelerados cambios religiosos actuales.

De hecho, Teresa profesa un culto especial a las imágenes de María, especialmente a la Virgen de las Victorias; reza el rosario y el ángelus, viste y recomienda el uso del escapulario del Carmen.

Invocación

En su culto de invocación hay una verdadera madurez espiritual; en él sobresalen los dos aspectos que configuran la genuina invocación mariana: María es considerada como medianera universal, pero siempre bajo el único mediador delante del Padre, Jesucristo, o sea, tiene un profundo cristocentrismo.

La expresión litúrgica mariana es el elemento de menor relevancia. Aparte de su insistencia en recordar la vertiente mariana de los sacramentos de la Eucaristía y del orden sacerdotal, Teresa da muy poco relieve a la presencia de María, tanto en el año litúrgico como en la liturgia de las horas. Todo esto se comprende si se tiene en cuenta que se estaba prácticamente en los inicios del gran movimiento litúrgico que fructificaría en el Concilio Vaticano II.

En resumen, Santa Teresita es uno de los grandes ejemplos de lo que es verdaderamente una vida de piedad exquisitamente mariana.

Intimidad

Teresa, en sus relaciones con María, no se contentó con escribir cosas hermosas sobre ella; tampoco se limitó a honrarla con determinadas prácticas de piedad —más o menos superficiales y externas—, lo que se conoce con el nombre de devoción; sino que sus relaciones llegaron a alcanzar altas cotas de intimidad y experiencia. La comunión de Teresita con María es del todo singular. Una común unión que se alimenta del amor recíproco.

Por qué María ama a Teresa, nos lo enseña la fe: porque es su Madre. Por qué Teresa corresponde a María, nos lo dice ella repetidas veces: porque sabe que es su Madre y, sobre todo, porque la ve como Madre sencilla y amable.

Teresa ama a María intensamente. Y eso porque la sabe Madre suya, y una madre que sabe hacerse y acomodarse a ella.

La Madre de Dios invita, y casi fuerza a su imitación porque su vida es un paradigma de humildad y sencillez. Cerca de María, Teresa aprende a «vivir de amor».

Procura conocer su vida entera según los evangelios para poder imitarla en cada una de sus actitudes. En esta imitación se da una nota típicamente teresiana. La Santa ha decidido llegar a la perfección por un camino pequeño, camino conocido como el de la Infancia espiritual, y de este «caminito» descubre que María es el modelo y la protagonista.

Santa Teresita no expone el caminito, la doctrina de la Infancia espiritual, de manera ordenada y sistemática. El camino de la Infancia espiritual que descubre Teresa es un nuevo método de perfección, que supone reconocer la propia debilidad y pobreza, y que lleva al abandono confiado en los brazos de Dios. Y eso debe hacerse a ejemplo y bajo la protección de la Virgen María, puesto que ella no es sólo modelo, sino también intercesora eficaz.

María es modelo de las almas pequeñas, o sea, de las que viven la humildad de saber reconocer la propia pequeñez y que viven «lanzando flores», o sea, haciendo las pequeñas cosas por puro amor.

Esta intimidad convierte a Teresa en una de las cumbres de la mística mariana de todos los tiempos.

Teresa llega a este estado de misticismo mediante estos dos hechos: el primero, los fenómenos extraordinarios de signo mariano que se dieron en su vida y, segundo, por su ininterrumpida vivencia de la maternidad espiritual de María, vivencia que no sólo fue el denominador común de dichos fenómenos, sino también el sustrato de su especial comunión con la Madre de Dios.

¿Cuáles y cuántas son estas gracias místicas marianas? En total, cuatro: tres puntuales, y la última comprende toda la etapa final de su vida.

—La aparición de la Virgen en los Buissonnets, el 13 de mayo (Pentecostés) de 1883. Ms. A 30r.

—Visita al santuario de Nuestra Señora de las Victorias de París, noviembre de 1887. Ms. A 57r.

—Visión intelectual en la gruta de Santa Magdalena del Carmelo de Lisieux, el año 1889. D.C. 11.7.2.

—La noche oscura (1896-1897). Ms. C.

El móvil que induce a santa Teresita a amar a María es reconocerse hija suya. Como detalle sintomático debe notarse que en su poema *Por qué te amo, María* (PN 54) la palabra *madre* referida a María como su madre espiritual aparece 17 veces, y la palabra *hija* referida a Teresa en cuanto hija de María, siete. Esta larga poesía (200

versos) es la última que escribió y es como su testamento mariano. Es el «sermón» sobre la Madre de Dios que hubiera querido predicar de haber sido sacerdote. Así lo manifestó el 23 de agosto de 1897 a su hermana Inés de Jesús. La poesía fue escrita a petición de su hermana mayor, María (del Sagrado Corazón), en mayo de 1897.

Esta poesía es el complemento mariano de los *Manuscritos autobiográficos* (especialmente el Ms. B dirigido también a su hermana María del Sagrado Corazón). Mientras que el Manuscrito B tiene una parte que se dirige a Jesús, la poesía está dirigida a María.

He aquí el título más grande que da Teresita a María: «es más madre que reina», palabras que repitió el mismo 23 de agosto.

Teresita sabe que María es Madre accesible y, por tanto, imitable. El camino de la Infancia espiritual hace fácil la imitación de sus virtudes, lo cual le permite instalarse en el misterioso mundo de la experiencia místico-mariana.

Notas características de la espiritualidad mariana de santa Teresa del Niño Jesús

Originalidad. Es evidente en el caso de Teresa. Se exterioriza principalmente por medio de estos dos hechos: su insistencia en hablar del misterio de María sin salirse del marco de los evangelios, lo cual era inusitado en su tiempo; y el descubrimiento de un método nuevo —el camino mariano de la Infancia espiritual— a la hora de imitar a la Madre de Dios y tratar de vivir en su intimidad.

Equilibrio. En contra de ciertos autores de su tiempo que ensalzan y magnifican a María desproporcionadamente, y en contra de otros que la minimizan gratuitamente, Teresa se sitúa en una zona sensata. Reconoce que por el hecho de ser María la Madre de Dios, merece un culto del todo especial, pero puesto que al mismo tiempo es la esclava del Señor y Madre nuestra, su figura, más que como algo distante e inaccesible, ha de ser presentada como algo muy normal, o sea, tratable, amable, imitable.

Dinamismo. No todos los escritores o autores marianos expresan en sus escritos o palabras sus sentimientos sobre María. Teresa, sí lo hace. Todos sus sentimientos marianos aparecen espontáneamente en sus escritos y afloran en sus palabras. Y esto no en un tiempo determinado sino a lo largo de toda su vida.

El marianismo de Teresa fluye de su vida y, por tanto, es algo móvil, evolutivo, dinámico, como la misma

vida. La suya no es una experiencia estancada, sino que se desarrolla gradualmente, al ritmo de su propia existencia, abrazándola toda entera.

Teresa considera el misterio de María de forma dinámica: para conocer su figura no se apoya en sus títulos o privilegios, sino en su presencia juntamente con Cristo como colaboradora en la obra de la salvación.

Ternura. Dada la condición femenina de Teresa, era de esperar que esta nota se hiciera presente en su espiritualidad mariana. En ella se da de una manera particular. Basta recordar estos tres acontecimientos: primero, la peculiar descripción que hace de la maternidad moral de María; segundo, en la larga cadena de epítetos con que alude, en sus escritos, a la Madre de Dios, llamándola *Madre dulce, amable, amada*, etc.; tercero, en su deseo tantas veces manifestado de ser escondida, como un niño mimado, bajo el manto o el velo de su Madre, María.

Audacia. Es, posiblemente, la nota más característi-

ca de todas. Muchas de las expresiones con que se refiere a María o con las que se dirige personalmente a ella pecarían, desde nuestra óptica, de atrevidas. Son expresiones que no todos nos podemos permitir. Ella, sí. Porque sólo los místicos saben y pueden usar un lenguaje que nos está vedado al común de los mortales.

A pesar de todo, hay que aclarar que todas estas notas típicas de la espiritualidad mariana de Teresa no son ni excluyentes ni exclusivas.

Ahora bien, es cierto que todos los escritos de Teresa presentan un tono mariano, en unos de forma más acusada que en otros; pero de forma tan oportunamente dosificada que, prácticamente, se extiende a toda la producción literaria de la Santa.

Para santa Teresita, María es fundamentalmente la Virgen sonriente. La sonrisa de Teresa de Lisieux, que iluminaría el mundo entero, es uno de los más bellos reflejos de la sonrisa de María; ella es uno de los faros marianos que la mano de Dios ha encendido para iluminar nuestro siglo atómico.

«Su vida fue en todo como la nuestra»

¡Qué delicia conocer en el cielo cuanto acaeció en la intimidad de la Sagrada Familia! Al ir creciendo el Niño Jesús puede ser que, viendo a su Madre ayunar, le dijera: —«También quisiera ayunar yo». Y la Santísima Virgen le respondería: —«No, Jesusito mío; aún eres muy niño: no tienes fuerzas» O bien no se atrevería, tal vez, a negárselo.

¿Y san José bendito? ¡Oh! ¡Cuánto le amo! Él no podía ayunar por ser trabajador!... Le veo sudoroso; limpiarse la frente de vez en cuando... ¡Me apena su trabajo!... ¡Cuán sencilla me parece que debió de ser su vida!

Las mujeres del país venían a conversar familiarmente con la Santísima Virgen; a veces le pedían que les cediera a Jesús para que jugase con sus hijos. Y el Niño Jesús miraba a la Virgen Santísima para saber si debía irse con ellos...

... Lo más ejemplar para mí, cuando pienso en la Sagrada Familia, es imaginarme su vida en todo corriente... ¡No es lo que suele decirse! Y se supone, por ejemplo, que el Niño Jesús, después de haber moldeado con tierra figuras de pájaros, les daba vida con su aliento. No, el Niño Jesús no hacía milagros inútiles... Si no —y es muy natural— ¿por qué no fueron llevados milagrosamente a Egipto, cosa tan fácil para Dios? ¡En un abrir y cerrar de ojos hubieran estado allí...! Pues, no; es que su vida fue en todo como la nuestra.

Y, ¡cuántos sinsabores y decepciones! Cuántas injurias no se dirían al bendito San José! ¡Cuántas veces se habrían negado a pagarle sus trabajos! ¡Oh! ¡Qué maravillados quedaríamos si supiéramos todo lo que sufrieron!

Los Doctores de la Iglesia

El recocimiento por parte del papa, en un acto solemne, del título de Doctora de la Iglesia a santa Teresa del Niño Jesús, nos invita a recordar, en unas breves líneas, el sentido y la historia de este título.

Fue el papa Benedicto XIV, eminente canonista, quien fijó las condiciones por las que se regiría la atribución y el reconocimiento solemne, oficial y universal de un Doctor de la Iglesia: el santo honrado con este título debía haberse distinguido por la excelencia y la ortodoxia de su doctrina, por la santidad de su vida; además, el título debía ser otorgado por el papa o por un concilio. Las dos primeras condiciones parecían estar al alcance de muchos, por no decir de la mayoría de los elevados al honor de los altares; pero tras el rasgo de la excelencia y la ortodoxia de la doctrina se quería indicar que ésta debía brillar de una forma verdaderamente extraordinaria, de forma que fuera la nota particular de su misión. El brillo extraordinario irradiaría sobre toda la Iglesia con una manifiesta fecundidad espiritual.

Los doctores tienen liturgia propia, tanto para la misa como para el rezo de las Horas. Las lecturas y la historia de la elección de estos preclaros personajes ilustran perfectamente el sentido de aquellas condiciones que fijó Benedicto XIV, pero que estaban en el sentir de la Iglesia desde que san Ambrosio VIII proclamó a los primeros doctores: san Ambrosio, san Agustín, san Jerónimo y san Gregorio Magno.

Benedicto XIV, al tratar del tema, empieza citando dos textos del Nuevo Testamento.¹ Uno de la epístola de san Pablo a los Efesios (4,11), que dice: «Y él dio a unos ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y doctores»; y otro de los Hechos de los Apóstoles (13,1): «Había en Antioquía, en la Iglesia allí establecida, profetas y doctores: Bernabé, Simón llamado Negro y Lucio el cirenense, Manahén, colactáneo de Herodes el tetrarca, y Saulo».

Las lecturas de la liturgia resaltan el sentido del doctorado. Para la primera lectura se puede escoger entre: el pasaje del primer libro de los Reyes en que Salomón es elogiado y premiado por haber pedido la sabiduría (1Re 3,11-14); un fragmento del libro de la Sabiduría en que ésta es preferida a todas las riquezas (Sab 7,10.15.16); dos fragmentos del Eclesiástico, en uno de los cuales se dice que el elegido de Dios «acertará el sentido de los consejos y de los proverbios, descubrirá todos sus secre-

tos. Dará a conocer la doctrina que ha aprendido y se gloriará de la Ley que da la vida» (Ec 15,1-6; 39,8-14); o dos fragmentos de los Hechos de los Apóstoles: el sermón de san Pedro el día de Pentecostés en el que da testimonio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo (Hech 2,14a.22-24.32-36); y el sermón paralelo de san Pablo en Antioquía (Hech 13,26-33).

Para la segunda lectura la Iglesia propone tres fragmentos de la primera carta de san Pablo a los corintios en la que se habla de lo que podríamos llamar la sabiduría «absurda» de la Cruz (Cor 1,18-25; 2,1-10; 2,11-16); dos fragmentos de la carta de san Pablo a los efesios, uno de ellos el citado por Benedicto XIV (Ef 4,17.11-13), y otro que contiene lo que puede ser tomado como un resumen de la misión del Doctor: «A mí, menor que el más pequeño de todos los santos, me fue otorgada esta gracia, la de anunciar a los gentiles las riquezas de Cristo, imposibles de rastrear, y de iluminar a todos, dando a conocer a todos cuál sea la economía del misterio, escondido desde el origen de los siglos en Dios...» (Ef 3 8-12); y dos fragmentos de la segunda carta a Timoteo, en los que san Pablo advierte a su discípulo: «Tú, pues, hijo mío, confórtate en la gracia que se halla en Cristo Jesús; y lo que oíste de mí ante muchos testigos, esto confíalo a hombres fieles, quienes serán idóneos par enseñar a su vez a otros»; y «Te conjuro en la presencia de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos, y por su advenimiento y por su reino: predica la palabra, insta a tiempo y a destiempo, reprende, exhorta, increpa con toda longanimidad, y no cejando en la enseñanza» (2Ti 1,13-14; 2,1-3, y 4,1-5)

El evangelio puede ser el fragmento del Sermón de la Montaña en el que Jesús dice a sus discípulos «Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo...» (Mt 5,13-19); otro fragmento, aparentemente paradójico («No todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; mas el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, éste entrará en el reino de los cielos»), pero que termina afirmando la autoridad del supremo Doctor: «Y aconteció que, cuando Jesús dio fin a estos razonamientos, se pasmaron las turbas de su enseñanza, porque les instruía como quien tiene autoridad, y no como sus escribas» (Mt 7,21-29); de nuevo san Mateo en el pasaje de las joyas o cosas nuevas y viejas: «... todo escriba adoctrinado en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro joyas nuevas y viejas» (Mt 13,47-52); y aún Mateo, que advierte que el verdadero discípulo no se hace lla-

1. *De Servorum Dei Beatificatione et Beatorum Canonizatione*, lib. IV, parte II, cap XI.

mar ni maestro ni guía, sino que se hace servidor de los demás, porque «el que se exaltare, será humillado, y el que se humillare, será exaltado» (Mt 23,8-12); de san Marcos se escoge la parábola del sembrador (Mc 4,1-10.13-20); finalmente, de san Lucas, el pasaje de los frutos buenos y malos: «... el hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno... porque de la plenitud rebosante del corazón habla su boca» (Lc 6,43-45).

Los salmos responsoriales exaltan la confianza en el Señor, en su palabra, en sus preceptos, la alegría del justo... Y un sentido semejante tiene la liturgia de las Horas.

Todos estos textos bíblicos ilustran el sentido del doctorado. Lo expresaba un artículo de *La Civiltà Cattolica* (1871, serie VIII, vol. III, pp. 286-287), a propósito del doctorado de san Alfonso María de Liguorio: «... [los doctores] son llamados columnas y fundamento de la verdad, ojos de la grey de Cristo, custodios de la santa ciudad de Dios, panales de miel, esto es, vasos de aquella sabiduría celestial en la que se alimentan los cristianos a fin de elegir el bien y reprobare el mal. La misma Iglesia, invocando su patrocinio, da a cada uno de ellos el título de lumbrera: O doctor optime, Ecclesiae sanctae lumen. Así pues, si un escritor eclesiástico es investido con este título, se establece como un nuevo faro, se pone en el candelero una nueva luz. Y es evidente que con esto no se pretende tanto el elevación de la luz como el beneficio común que se sigue de tal exaltación, esto es, que los esplendores de la luz se difundan alrededor e ilustren a todos los que están en la casa: Ponunt lucernam super candelabrum, ut luceat omnibus qui in domo sunt. (Mt. 5,15)

Como hemos dicho, el primer papa que de una manera solemne otorgó el título de Doctor fue Bonifacio VIII, que honró a cuatro padres de la Iglesia occidental. Tres siglos más tarde, san Pío V hizo doctores a santo Tomás de Aquino y a cuatro grandes lumbreras de la Iglesia oriental: san Atanasio, san Basilio, san Juan Crisóstomo

y san Gregorio Nazianceno. San Cirilo de Alejandría, el doctor de la unidad del Verbo encarnado, hubo de esperar hasta León XIII, que elevó, además, a san Cirilo de Jerusalén y san Juan Damasceno. Entre unos y otros, también habían sido honrados san Buenaventura, san Anselmo, san Isidoro de Sevilla, san Pedro Crisólogo, san León Magno, san Pedro Damián, san Bernardo, san Hilario de Poitiers, san Alfonso María de Liguorio, san Francisco de Sales y san Beda el Venerable.

El primer doctor del siglo xx fue san Efrén, insigne poeta sirio del siglo iv, que ni siquiera era sacerdote, sino un simple diácono. Después vinieron san Pedro Canisio, san Juan de la Cruz, san Roberto Belarmino, san Alberto Magno y san Antonio de Padua, san Lorenzo de Brindisi.

Mientras tanto, iba tomando fuerza la polémica iniciadas a principios de siglo a propósito de si una mujer podía ser declarada Doctora de la Iglesia, especialmente a propósito de santa Teresa de Ávila. Su influencia benefactora para muy diversos aspectos de la vida espiritual de la Iglesia era manifiesta y, de hecho, se le otorgaba el calificativo de Doctora en un sentido genérico, por su «sabiduría». En contra se invocaba la advertencia de san Pablo: «las mujeres, callen en la Iglesia». Pero cuando Pablo VI, en 1970, elevó a la categoría de Doctoras a ésta y a santa Catalina de Siena se dispararon estas dudas. Pablo VI advirtió entonces que el título no comportaba funciones jerárquicas de magisterio. Entonces se hizo más evidente que nunca aquel sentido de «luz puesta en el candelero» para que iluminara, función que no entiende de sexos.

En total, eran 32 doctores. Ahora le ha tocado el turno a santa Teresa del Niño Jesús, aquella que haciéndose como una niña recibió la revelación de la auténtica sabiduría. En término humanos, diríamos que le ha sido concedido el doctorado en Amor.

J.M.M.G.

«Es el Evangelio mismo, el corazón del Evangelio lo que ella ha reencontrado.»

Pío XII: Radiomensaje de 11 de julio de 1954

La intervención de santa Teresita en la conversión de Maurras

José Manuel Zubicoa Bayón

Charles Maurras, maestro y guía de Acción Francesa, organización que había vuelto a levantar con gran ímpetu desde bases nacionalistas la bandera monárquica en plena III República francesa, no era creyente, había perdido la fe en su primera juventud. Cimentaba su ideal monárquico en el positivismo, que, en su sistema, es equivalente a la tradición: constatar hechos y recibir tradiciones viene a ser lo mismo. Claro que para ser reducida a una supuestamente aséptica colección de datos, la tradición de los pueblos de la Cristiandad occidental ha de ser esterilizada de su componente religiosa católica sobrenatural, que es su alma, quedando así inmanentizada como nacionalismo. Maurras era respetuoso y amante del «catolicismo» sólo como un factor de orden social y político. Vefía la Iglesia católica como un mero montaje institucional grandioso y necesario, pero ajeno a la realidad sobrenatural de la que se había desconectado desde su adolescencia. «En él, el catolicismo fue político como el realismo fue racional». ¹ La conocida consigna maurrasiana de Acción Francesa, «política ante todo», no puede ser absuelta de naturalismo, pese a los esfuerzos explicativos posteriores de sus seguidores católicos, que los tenía —y muchos y muy buenos, especialmente entre los monárquicos de tradición y familia. Aunque el propio Maurras decía: «Sólo un poder político tiene los medios de llevar a cabo las reformas sociales. La cuestión mental, la cuestión moral, la cuestión social, todo queda reducido así a una cuestión política». ² Pero el papa Pío XI les recordará al final que es al revés de su alegato: que «la religión es la que defiende a la política. Y siempre que la política ignora las enseñanzas de la religión, se convierte en mala política». ³ Bajo cada problema político hay un problema religioso, como decía Donoso Cortés. Bajo la postura orgullosa de los que se erigían en guardianes y maestros de la ortodoxia por ser monárquicos por herencia o por su militancia en la organización subyacía el mismo error de los que, por ser hijos de Abraham según la carne, se consideraban dueños

del reino de Dios por derecho propio. Subyacía el error «judío» en una de sus variedades, que tampoco aquí en España por desgracia faltaba ni falta...

Tras una primera condena, en 1914, de la revista *Acción Francesa*, que san Pío X aprueba, pero no publica, ya en 1926 viene su condena pública, que, aunque los democristianos y los modernistas, a los que Maurras combatía, la buscaban por motivos políticos y revanchistas, fue objetivamente religiosa al producirse en el ejercicio de la autoridad pontificia, siempre sobrenatural cuando se ejerce como tal; «divina», como enseña la bula *Unam Sanctam* (D.S, 874). Dios escribió derecho por la condena de Pío XI, aunque los renglones por los que llegó fueran torcidos: sus enemigos querían hundirle por sus aciertos, pero la Iglesia quiso corregirle de sus errores.

La circunstancia ocasional fue que, en una encuesta publicada en Bélgica en mayo de 1925 por los *Cahiers de la Jeunesse Catholique Belge* sobre la pregunta «¿A qué escritores de los últimos veinticinco años considera usted sus maestros?», Maurras aparece en primer lugar con 174 votos; Mercier, el último, con 6. Daniel-Rops concluye: «El episcopado belga se conmovió: un grupo de personalidades católicas publicaron un documento que era una voz de alarma. Pío XI decidió mostrarse más duro». ⁴ Lo cierto es que, de pronto, en 1926, el cardenal Andrieu, arzobispo de Burdeos, simpatizante otrora de Acción Francesa, publica una repulsa de esta organización y de Maurras. En la polémica subsiguiente, Pío XI apoya públicamente el escrito de Andrieu —que el propio Pío XI había promovido como advertencia—, ⁵ constatando el papa el «naturalismo que estos autores han bebido (inconscientemente, creemos Nos) como tantos contemporáneos, en la enseñanza pública de esta escuela moderna y laica, envenenadora de la juventud, que ellos mismos combaten a menudo tan ardentemente». ⁶ Maurras y los demás dirigentes de Acción Francesa rechazan estas advertencias y exigencias previas en virtud

1. Así lo dice uno de sus grandes seguidores, Mermeix: *Le Ralliement et l'Action Française*, París, Fayard. 1927, p. 187.

2. Ch. Maurras: *Encuesta sobre la Monarquía*, Zaragoza, Ed. Círculo, 1958, p. 252.

3. A. Rhodes: *El Vaticano en la era de los dictadores* Barcelona, Euros, 1975, p. 97.

4. Daniel-Rops: *Historia de la Iglesia. La Iglesia de las Revoluciones*. II, p. 418.

5. Rhodes, o.c., p. 99. Jarlot, S.I., en Fliche-Martin (dirs.): *Historia de la Iglesia*, t. 26-2, pág. 123. E. Weber: *L'Action Française*. París. 1962, p. 262, etc.

6. Mermeix, o. c., pág. 417.

de su nacionalismo, alegando que «detrás de todos los ataques a la Acción Francesa está lo alemán».⁷ El papa, en su alocución consistorial del 20 de diciembre del mismo año 1926, tras mencionar a la Acción Francesa, prohíbe a los católicos «adherirse a las empresas y en alguna forma a la escuela que poniendo los intereses de los partidos por encima de la religión hacen servir ésta a aquellos», y añade que «no está permitido a los católicos sostener, apoyar y leer los periódicos publicados por hombres cuyos escritos se apartan de nuestro dogma y de nuestra moral».⁸ Acción Francesa niega la sumisión en un escrito que termina con la expresión «non possumus». Nada menos. Es la que han empleado siempre los papas para rechazar las exigencias de los poderes opresores de la Iglesia, desde que el primer papa la utilizó para rechazar modestamente la prohibición del Saneodrín de que los apóstoles predicaran dando testimonio de Cristo (Hech 4,20).

Este acto de soberbia atroz provoca ya la condena fulminante: el papa hace publicar un decreto con dos fechas, 29 de enero de 1914 y 29 de diciembre de 1926, en el que se reproduce y ratifica la condena de san Pío X de la primera de esas fechas y la extiende al diario *Acción Francesa* de 1926, «de tal suerte que este periódico debe ser tenido como prohibido y condenado, y debe ser inscrito en el Índice de libros prohibidos». Todo ello impedido por el propio Pío XI a un simple asesor del Santo Oficio, sin trámite de los cardenales de la Curia, puesto que el papa, para actuar como tal, no necesita hacerlo ante ningún dicasterio, obviamente.

Recurso a Santa Teresita

El propio Maurras, en su libro sobre san Pío X, reconocerá después que «la insubordinación había sido un grave error». Muchas personalidades católicas francesas y de la Iglesia universal mediaron e intercedieron para conseguir la sumisión y el perdón. Entre ellas las carmelitas de Lisieux, de las que era superiora sor Inés de Jesús (Paulina, la entrañable hermana y «madrecita» de nuestra doctora). «Maurras, que tenía un gran afecto por santa Teresa, frecuentaba el Carmelo. Se estableció una correspondencia bastante asidua entre él y la madre Inés, que le daba consejos. Por una sugerencia que le llegó de Lisieux, Maurras escribió a Pío XI el 6 de enero de 1937. Pío XI le respondió con una carta de tres páginas manuscritas en la que le decía: «Como hasta ahora he hecho, continuaré haciendo más intensa y más pater-

nalmente lo único que, ¡ay! puedo hacer por usted, esto es rezar por su persona y por su felicidad».⁹ Fue el primer paso para la indispensable sumisión, camino ineludible del ansiado perdón. En 1937, el secretario de Estado, cardenal Pacelli, fue como legado pontificio para la colocación de la primera piedra de la basílica de Lisieux. Al despedirse de la superiora sor Inés de Jesús, el «legado le preguntó qué gracia desearía obtener de Pío XI, respondiendo la religiosa inmediatamente que lo que pedía era que se levantaran las censuras contra Maurras y la Acción Francesa».¹⁰ En la circular biográfica de sor Inés de Jesús, fallecida en 1951, publicada, como siempre que muere una de ellas por sus hermanas de congregación, se expresa la eficacia de su influencia directa ante Pío XI, que recibía las cartas de sor Inés en propia mano y cerradas.¹¹ Pero esta intervención del carmelo de Lisieux no fue todo. «Hubo una intervención sobrenatural bastante extraordinaria: habiendo ofrecido su vida por la reconciliación de Maurras una carmelita de Lisleux, murió, en efecto, y su hermana reanudó el voto».¹²

Las fórmulas de sumisión ofrecidas por el comité director de Acción Francesa se aproximaban cada vez más a lo juzgado necesario por la Iglesia cuando murió Pío XI en febrero de 1939. Su sucesor Pío XII pudo ver enseguida el final. «Tras una visita a París de Ottaviani, asesor entonces del Santo Oficio, salió para Roma una nueva carta firmada por todos los miembros del comité de redacción de *Acción Francesa*, en la que expresaban «su sincera tristeza» por cuanto había habido de «irrespetuoso, injurioso e incluso injusto» en su actitud y rechazaban «todo principio y toda teoría contraria a las enseñanzas de la Iglesia», pedían perdón y «reprobaban cuantas cosas erróneas hubieran podido escribir» y prometían no publicar nada opuesto «a la adhesión debida a las enseñanzas y a las directrices de orden religioso y moral de la Iglesia».¹³ Un decreto de julio de 1939 levantaba la condena de Acción Francesa y de su periódico. Primera intervención, sin duda, de santa Teresita, que quería pasar su cielo haciendo bien en la tierra, enviando una lluvia de rosas.

Pero quedaba el problema de Maurras, de su incredulidad. Todos entraban en el Reino de Dios que es la Iglesia, mientras él seguía fuera. Pero lo que había pedido la carmelita de Lisieux a cambio de su vida, aceptada, había sido la reconciliación de Maurras, no sólo el levantamiento de las censuras contra Acción Francesa. El cami-

7. Jarlot, o. c., pág. 126

8. Mermelx, p. 438.

9. Jarlot, o. c., p. 134.

10. Ibid.

11. Traducida por Fr. Emeterio G. Setién: *Madre Inés de Jesús*, 2.ª ed, 1956, pp. 143-5.

12. Daniel-Rops, ib., p. 424.

13. Jarlot, ib., pp. 136 y 139.

no sería el de la gran humillación y el de la gran misericordia.

Vencida en 1940 por Alemania, la «liberación» en 1944 es verdaderamente la segunda derrota de Francia, que queda sometida a una coalición de nacionalismo gaullista, democracia cristiana y comunismo, la cual lleva a cabo una sangrienta revancha contra los colaboracionistas, pero también contra los que habían sustituido, por un régimen menos insano, la III República liberal anticristiana, incluidos los de Acción Francesa, empezando por Maurras. A éste le quedaba la gran humillación de su inicuo juicio y condena a cadena perpetua por «connivencia con el enemigo»; a él, el nacionalista antialemán. Y la cárcel.

La misión de Cormier

Excarcelado Maurras en 1952 por un indulto presidencial, eligió para su confinamiento Tours, en cuya clínica de San Gregorio esperaba recibir los cuidados que requería, dado su agotamiento debido a los años de cárcel, a su edad. Tenía entonces ochenta y cuatro años. El arzobispo de Tours, monseñor Gaillard, encargó al canónigo Arístides Cormier que intentara aproximarse a Maurras y «ayudarle espiritualmente», en caso de que lo deseara, ya que Cormier había asistido con éxito a René Benjamin, gran amigo de Maurras, en circunstancias muy similares. Cormier se veía en esta misión como «sacerdote, ante todo, encargado de una misión sacerdotal para la salud de un alma». ¹⁴ Era uno de los muchos sacerdotes simpatizantes de la Acción Francesa y le escribe a Maurras que apreciaba «el valor de ciertas lecciones que aprendí en sus obras cuando tenía veinte años».

Los informes previos que reunió Cormier le indicaban que «ante lo sobrenatural y los misterios cristianos, Maurras parecía permanecer en la posición de agnóstico». Y el sacerdote se preguntaba si «las pruebas que acababa de sufrir, habrían endurecido su alma o, por el contrario, se habría ésta endulzado en contacto con la gracia del sufrimiento». Además de reflexionar, Cormier se ocupó «sobre todo en rezar»: al ya beatificado Pío X, a la Virgen María, a la que Maurras había cantado como poeta, y a «Santa Teresita del Niño Jesús, de la cual él se reconocía deudor por sus maravillosas intervenciones bienhechoras», dice refiriéndose quizá a la rehabilitación eclesial de la Acción Francesa en 1939. Las entrevistas en la clínica tuvieron que ser por parte de Cormier

por escrito debido a la sordera total que padecía Maurras desde la infancia. El canónigo Cormier era sobrenaturalmente consciente de que su misión ante Maurras, como él dice, consistía en «llamar a su alma menos por razones humanas que por la gracia misma de mi sacerdocio. Nunca jamás, en veinte años, había recibido y comprendido este poder misterioso del sacerdocio, su fuerza sobrenatural, como delante de este hombre. Sabía que un día u otro nos veríamos obligados a enfrentarnos, no en un torneo abstracto, filosófico o teológico, sino en un encuentro patético, en el que su alma sería puesta en presencia de la misericordia divina, representada y ejercida por la virtud sobrenatural del sacerdocio». Aunque confiaba en las plegarias de amigos discípulos y almas santas, la prudencia turenense me aconsejaba no apresurarme», dice. Ésta era la «voz de la prudencia humana; pero otra voz me susurraba una táctica opuesta»: ir derecho al objetivo, plantearle «abiertamente el problema de su alma y de sus relaciones con Dios». No perder tiempo, pues «sabía que la salud de Maurras era muy precaria».

Santa Teresita interviene de nuevo

En la segunda entrevista, el 9 de abril de 1952, durante la Semana Santa, le plantea de pronto la cuestión definitiva.

—¿Cómo está su alma con Dios?

Cormier seguía ansiosamente todos los gestos de Maurras mientras apretaba en su mano el rosario. El rostro del gran polemista se había endurecido y le «asestó esta respuesta —dice Cormier—, que no olvidaré en mi vida»,

—Sepa, señor cura, que en este asunto soy muy duro.

Tuve la impresión, prosigue Cormier, de hallarme ante un doble muro infranqueable: su sordera, que me impedía hablarle, y la reserva de su mirada endurecida. Desamparado, invoqué a Santa Teresita del Niño Jesús pidiéndole ayuda. Después traté de sonreír, a mi pesar, por reflejo inconsciente. Fue como el arco iris que anuncia el fin de la tormenta. Su mirada, poco a poco, se endulzó. Aproximando a la mía su silla, y volviéndose hacia mí, hasta situarse de frente, Maurras me dijo con su voz de sordo, un poco apagada:

—¿Qué quiere usted que le diga y qué puede hacer usted por mí?

—Ayudarle, probablemente —respondí.

—Se lo agradezco, padre, pero siempre hay para mí cosas no solamente incomprensibles, sino incluso inconcebibles. Todos mis razonamientos no conducen a nada... Tengo los mayores deseos de creer. Todo lo daría por eso. Tuve por madre una santa mujer y fui educado en

14. Todo el relato que sigue está tomado del libro de Arístides Cormier: *Mis conversaciones con Maurras y su vuelta a la Iglesia*. Traducción en Ed. Nacional (1955).

un colegio católico por maestros cuya memoria venero... Después, he tenido la desgracia de perder la fe. Pero no soy ateo, como se ha pretendido para calumniarme. No lo he sido jamás.

Le interrumpí para plantearle esta cuestión:

—¿Ha renegado usted la fe del bautismo?

—No, jamás.

—Entonces, ¿ha dudado más que negado?

—Eso es perfectamente exacto. En mi juventud he escrito, en algunos de mis libros, cosas que, justamente, han herido la sensibilidad de la fe de mis amigos católicos; pero lo lamento sinceramente y sería incapaz de volver a escribirlo ahora. Son las locuras de la juventud. Por otra parte, en la reedición de esos libros he suprimido o corregido los pasajes incriminados...

Fue también en esta entrevista cuando Maurras le hizo esta confidencia:

—Tuve el consuelo de asistir a los últimos momentos de mi madre. Estaba allí, por consiguiente, cuando el sacerdote vino a administrarle los últimos sacramentos... Cuando todo hubo terminado, mi madre, a quien jamás había visto yo rezar con tanto fervor, volvió hacia mí su rostro iluminado por una fe y una esperanza inexpresables y me dijo: «Carlos, tú harás como yo».

Ambos comprendimos la importancia de las palabras que acababan de ser pronunciadas. Rompiendo el silencio le formulé entonces esta pregunta:

—¿Reza usted?

—Sí —me respondió—. Algunas oraciones. Me gusta mucho el Ave María, porque yo siempre he rendido culto a la Santa Virgen... En cuanto al Padrenuestro, es otra cosa. Lo rezó también, pero al final tropiezo, a pesar mío, en el «Et ne nos inducas in tentationem». Entendámonos: en efecto...

Al decir esto se agitaba y volvía a hacerse razonador.

—En el texto griego de San Mateo, se dice: «No nos induzcas a la tentación». Es muy fuerte. No comprendo que pueda pedirse a Dios, que es sobrenaturalmente bueno, que no engañe a sus criaturas. Siempre este problema del mal, que me atormenta...

«Le animé a continuar rezando sin dejarse detener en su impulso por objeciones o razonamientos... Durante toda la conversación yo había tenido en la mano mi rosario sin que Maurras lo advirtiera. De pronto, tuve la inspiración de dárselo, rogándole lo guardara y lo rezara algunas veces. Muy emocionado por mi gesto, se levantó y acercándose a mí, me abrazó. Para corresponder a esta prueba de afecto, tracé sobre su frente la señal de la cruz».

El canónigo Cormier hizo balance tras la entrevista: «No me cabía la menor duda de que su alma se entregaría, al cabo de mucho tiempo, a la acción de la gracia... Una fe muy vacilante todavía y una esperanza más

firme, señalaban una nueva actividad de las virtudes sobrenaturales recibidas en el bautismo y adormecidas, si no perdidas, al cabo de largos años».

Las entrevistas entre Cormier y Maurras alternaban con su correspondencia. En una siguiente visita de Cormier, Maurras le dijo:

—Me habla usted, en su carta, de Santa Teresita del Niño Jesús, a propósito de sus dudas contra la fe, y de su confianza. Le debo mucho, sin hablar de lo que el Carmelo de Lisieux ha hecho por la reconciliación de la Acción Francesa con Roma. Santa Teresita ha sido mi ángel bueno. Poseo una reliquia de sus huesos que no me abandona. Me la dio la reverenda madre Inés de Jesús, con la que tuve correspondencia hasta su muerte, y guardo sus cartas amorosamente.

«Al decir esto, narra Cormier, llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta y sacó una cartera negra, adornada de un escudo con la imagen de Santa Teresita. Sin abrirla me dijo:

—Todas están aquí.

«Con el gesto de un niño que muestra un tesoro apresurándose a ocultarlo, volvió a guardar la cartera en su bolsillo, como si se tratase de un talismán», escribe Cormier. Le pregunté entonces, prosigue, si había leído la *Historia de un alma*, de Santa Teresita del Niño Jesús.

—Claro que sí —me respondió—. Hay en este libro tesoros de sabiduría. Todas esas mujeres que viven en el claustro tienen destellos sorprendentes. Están instruidas en las cosas humanas y conocen los secretos de lo Alto. Las he consultado con frecuencia y estoy contento de haber seguido sus consejos.

—¿No será que estas cosas son reveladas a los humildes y ocultadas a los sabios? —le dije. Sintió el flechazo.

—Se dice que tengo mucho orgullo y que es el orgullo el que me ha alejado de la fe. Se olvida, al decir esto, que he amado la verdad por encima de todo, que la he buscado y anhelado con toda mi alma. He reconocido mis errores. Por otra parte, lo verá usted leyendo mi *Pío X*, que aparecerá pronto. Mucho debo también a este gran papa que vivió tan humilde y tan pobre en medio de todas las grandezas.

—¿No se siente usted conmovido —le pregunta Cormier— por todas estas protecciones celestes que le han sido otorgadas?

—¿Cómo no iba a conmovirme? Yo era indigno, pero esto no pudo impedir que me fueran concedidas. Debo reconocerlo.

Y añadió, refiriéndose a Santa Teresita y al entonces ya beatificado Pío X:

—Es una inmensa maravilla esta doble santidad.

—Es un gran milagro —dijo Cormier.

Cormier, además de esta frase tan cargada de signifi-

cado, comenta así la protección especial de Santa Teresita del Niño Jesús sobre Maurras:

«Junto a este anciano, difícil en ocasiones y tan desconfiado cuando de su alma se trataba, había Dios colocado una de sus criaturas más humildes, más dulces y más persuasivas. Sobre esta vejez solitaria y austera veía una niña maravillosamente santa y bella. Como la Antígona de la antigua tragedia, conduciendo al exilio a su viejo y ciego padre, Teresa de Lisieux protegía y guiaba dulcemente, casi filialmente, hacia la luz y la paz de la tumba, a este otro anciano moralmente proscrito de su patria por un decreto injusto; un anciano atacado de sordera que buscaba en la noche de su alma las verdades divinas. Esta semejanza en nada sacrílega entre lo que él llamaba su «ángel bueno» y la hija de Edipo, ¿no me la sugería el propio extraordinario destino de Maurras? En él se operaba, en efecto, por la gracia misericordiosa de Dios, la unión y la armonía de dos grandezas y dos bellezas largo tiempo separadas en su alma e inconciliables para su genio: la sabiduría y la belleza antiguas, de una parte; los misterios cristianos y los esplendores de la gracia, de otra».

Siguieron las visitas y las cartas. Pasaba el tiempo. Maurras se agravaba. Cormier «presentía que se acercaba para Maurras la hora de las graves decisiones. Era necesario advertirle, pero ¿cómo decirle su estado y proporcionarle los auxilios de mi ministerio», se preguntaba el canónigo.

Al acercarse el día de Todos los Santos, Cormier inspirado —dice él mismo— en la fiesta, dada la admiración de Maurras por el dogma de la Comunión de los Santos, le escribió una nueva carta a Maurras advirtiéndole de su estado e invitándole a dar ya el paso definitivo de su conversión:

«Durante las fiestas de Todos los Santos y Difuntos, que nos recuerdan la Comunión de los Santos, permítame pedirle que no se quede al margen, sino que ocupe su puesto al lado de aquellos que usted ha amado en la tierra y le han precedido en la vida bienaventurada. A este puesto que le ha sido señalado el día de su bautismo... ¿Por qué no aprovecha usted la visita que espero hacerle para recibir la absolución?... Es la llamada de Dios. Le suplico la escuche y responda humildemente a ella».

Al visitarle la víspera de Todos los Santos, Maurras, que murió el domingo 16 de noviembre de 1952, muy serio, le preguntó:

—¿Cree usted, realmente, que se aproxime el fin?

—Creo que es tiempo de que se prepare —respondió el sacerdote.

—Todo esto es muy grave para mí y un poco inespereado. Necesito reflexionar más —repuso Maurras.

Me atreví a plantarle, dice Connier, la cuestión de principio que me parecía decisiva.

—Si usted empeora, ¿aceptaría recibir los últimos sacramentos?

La respuesta vino inmediatamente, firmemente articulada:

—Exactamente. Sí, es mi deseo.

Y añadió:

—He recibido ya una vez la Extremaunción, hace una decena de años; pero estaba en estado comatoso. No tuve conciencia de nada y supe que había recibido ese sacramento gracias a mis amigos. Esta vez, con plena conciencia, quiero ser administrado, pues deseo que todo ocurra en la lealtad y el honor. No termina uno su vida con una superchería. Por eso es por lo que necesito aún algunos días.

En otra visita, el sábado, 8 de noviembre, ocho días antes de morir, lo encontró trabajando, y, al despedirse le pareció oírle decir:

—Pronto llegará el momento.

«El martes siguiente, que era la fiesta de San Martín, —relata Cormier—, recomendé a nuestro gran santo turenés el alma que me había sido confiada y por la cual crecía mi inquietud... Le supliqué con insistencia que juntase su intercesión a las ya tantas veces solicitadas de Santa Teresita del Niño Jesús y del beato Pío X. Fue dos días después; el jueves 13 de noviembre cuando mi plegaria fue escuchada.»

Al realizar una nueva visita a la clínica se encontró Cormier con que Maurras mismo le había hecho llamar. Al entrar en su habitación, el gran personaje, le dijo:

—Es el momento de que me ayude a cumplir lo que debo hacer.

«Al final de nuestra entrevista, que debía ser la última —explica Cormier, en este caso sin dar ni un solo detalle por respeto al secreto de confesión—, Maurras juntó las manos, recitó el Confiteor y recibió la absolución. Después, recibió atenta y devotamente la extremaunción. Cuando la última oración fue terminada, Maurras tomó mi mano entre las suyas, la llevó a sus labios y me dijo:

» —Mucho le agradezco todo lo que acaba de darme. Exprésele también mi gran reconocimiento a monseñor. Siga rezando por mí.»

Tres días, el 16 de noviembre de 1952, moría Charles Maurras.

Se cumplía la profecía de la madre de Maurras y Santa Teresita ejercía su vocación de pasar su cielo haciendo bien en la tierra. En este caso con la colaboración de San Martín de Tours, copatrón de Francia, y de San Pío X.

Que no nos falte a nosotros tanto bien.

CRÓNICA DE UNA PEREGRINACIÓN

José M^º Romero Baró

La madrugada del martes 19 de agosto de 1997 partía de Barcelona un autocar con destino a Francia. Los pasajeros éramos en la mayoría miembros de Schola Cordis Iesu, que con motivo del centenario de la muerte de Santa Teresita del Niño Jesús quisimos peregrinar hasta Lisieux y acercarnos de paso a lugares representativos de la profunda espiritualidad mariana en Francia: Lourdes, Saint-Laurent-sur-Sévre, París, Paray-le-Monial, Ars y La Salette. Nos acompañaban otros amigos que por distintos conductos tenían noticia de nuestra peregrinación y se habían sumado a ella.

Tras las oportunas comprobaciones y presentaciones, iniciamos el viaje con las oraciones de la mañana. Los rezos y los cantos acompañarán nuestra travesía por las tierras francesas y, junto con los oficios religiosos, completarán los que muchos llamaron unos «ejercicios espirituales» en ruta. Provocando algún que otro mareo, la carretera que serpentea la frondosa ladera norte del Pirineo nos lleva hasta Lourdes, donde nos hospedamos. Por la tarde asistimos, bajo el sol picante de la montaña, a la devota Procesión de los enfermos y, tras la Santa Misa, cenamos para asistir después a la Procesión de las Antorchas, siempre impresionante y esta vez quizás más concurrida por los muchos peregrinos que se dirigen a París para acompañar al Santo Padre.

La mañana del miércoles —San Bernardo, el noble medieval de Claraval— celebramos Misa como en la víspera, en la capilla de Santa Juana de Arco. Su estilo neogótico es un anticipo del que vamos a encontrar en adelante. De camino hacia Saint-Laurent, todavía nos sorprende la sencillez de Bernardita que se trasluce en la película que se proyecta en el interior del autocar, basada en el libro de un judío refugiado en Lourdes durante la Segunda Guerra Mundial, que prometió escribirlo si salía vivo de la persecución. Subimos cada vez más al norte, atravesando las inmensas llanuras de Francia. Comemos en ruta dentro de un área de *picnic*, y cruzamos el Garona cerca de Burdeos, enfilando la autopista hacia Nantes, que dejamos para penetrar en la Vendée. Allí, los campos extensos separados unos de otros por hileras de árboles y elevados arbustos, son todavía el testimonio vivo de la resistencia vendeano al avance del ejército en la Revolución de 1789. Algo de esa confrontación debe quedar viva todavía cuando las bajas de por aquí fueron tan numerosas en la Primera Guerra Mundial.

Los Misioneros Montfortianos de la Compañía de María nos acogen en su «Maison Longue» tras nuestro

largo viaje. Concluida la cena —y el desayuno a la mañana siguiente— nos piden que les ayudemos a recoger y a limpiar: los componentes masculinos del grupo se encargan de ello, aunque se rompa algún que otro plato. Como celdas de monasterio, las habitaciones se alinean en los pasillos que circundan el gran patio de entrada, donde una esbelta capilla y la imagen de San Luis María Grignon de Montfort en actitud caminante todo lo llenan. Al otro lado de la calle, la gran basílica contiene los restos del Santo de Montfort y los de beata María Luisa de Jesús, fundadora de las Hermanas de la Sabiduría y una de las primeras seguidoras del Santo. Ante sus tumbas, la mañana del jueves realizamos la Consagración a la Esclavitud mariana, renunciando a tener otra voluntad que la de María. Una visita guiada al convento de las Hijas de la Sabiduría nos permite conocer el lugar donde murió el Santo de Montfort en 1716 a los 43 años, por agotamiento físico en su incansable predicar por el Oeste y el Sudeste de esa Francia que aún conserva el recuerdo —los Calvarios— de su Santa Misión. Contemplamos también la belleza de la basílica trabajada en piedra blanca, y constatamos la vitalidad de esta orden. Un poco más allá, al pie del gran Calvario de Saint Laurent, quedan los Hermanos de San Gabriel, que es otro de los frutos de la espiritualidad mariana vivida por Luis María Grignon de Montfort.

Siguiendo el horario francés, hemos comido a las doce en un restaurante de Saint-Laurent junto al puente Eiffel, recogido el equipaje y embarcado hacia Lisieux. Cruzando el Loira, el paisaje se va haciendo más y más atlántico a medida que nos acercamos a Normandía. Alençon, a sus puertas, es la cuna de Santa Teresita. Visitamos su casa natal. Sobre una capilla de reciente construcción podemos ver la cama de sus padres, donde nació Teresa. La planta baja es amplia y luminosa: la madre hacía puntilla (el famoso punto de Alençon) junto a la ventana y el padre componía relojes, mientras la niña jugaba a subir los escalones de la escalera de madera que al fondo de la entrada llevaba a la planta superior. En la parte trasera se conserva todavía el jardín donde Teresa jugaba con sus hermanas.

Comienza a lloviznar cuando entramos en Normandía y nos dirigimos a Lisieux. El adobe claro y la madera oscura contrastan vivamente en estas casas típicas de campo, de tejados de pizarra fuertemente inclinados. Lisieux, señorial, es la meta de nuestra peregrinación. Ya de noche, preparamos nuestra «infancia espiritual» en

una de las salas de acogida, frente al Carmelo, para ver Lisieux mañana con la mirada limpia del peregrino humilde. Oímos Misa en la cripta de la grandiosa basílica sobre la colina, deslumbrante y recubierta de mosaicos. Nuestras voces y cantos retumban bajo la bóveda, armonizando con este interior alegre de rosas y colores junto a la imagen de la Santa.

Esperamos durante toda la mañana a los jóvenes de Schola, que se retrasan. Algunos aprovechan para visitar la basílica. Muchos matrimonios posan ante la tumba de los padres de Teresa —tras el ábside de la basílica— cuyo proceso de beatificación ya se ha iniciado. A la llegada de los jóvenes, se produce la natural algarabía de los padres que abrazan a sus hijos, y que luego se despiden hasta Paray-le-Monial

Dedicaremos la tarde a visitar los lugares de Lisieux donde vivió Teresa. Primero, la hermosa casa de Les Buissonnets en la zona residencial, que se conserva intacta. Visitamos su habitación, donde tuvo lugar la milagrosa curación de Teresa, y en el jardín un conjunto escultural que recuerda el lugar donde ésta le pidió a su padre permiso para entrar en el Carmelo a los 15 años. Rezamos el Ave María ante la casa, y nos dirigimos a pie hasta la Catedral. Dedicada a San Pedro y construida en el siglo XII, a pesar de estar hoy bastante descuidada, elegante y luminosa como es nos invita al recogimiento y la oración, de manera que rezamos el Rosario ante la imagen de la Virgen del Carmelo. El altar mayor, obra majestuosa en piedra, fue ofrecido a la Catedral por el padre de Teresa, y a su derecha se encuentra la capilla donde la familia oía Misa los domingos.

Lentamente nos dirigimos al Carmelo, en la gran avenida curvilínea del mismo nombre. Es media tarde del viernes y, desbordando todas las previsiones, son tantos los jóvenes que el próximo domingo van a estar en París con el Papa, que resulta muy difícil moverse por el patio y la Capilla, donde al fin podemos asistir a Vísperas con la comunidad. En un altar lateral se guardan habitualmente los restos de la Santa, que en esta ocasión pudimos venerar en París. Lógicamente, se conservan multitud de recuerdos del paso de Teresita por el Carmelo, que en una sala audiovisual adjunta se pueden contemplar: sus hábitos, enseres, bordados, pinturas... y multitud de fotografías tomadas desde dentro del claustro mostrando a la comunidad al pleno, atareada en el lavadero, o esparcida en el jardín recogido y humilde.

A la mañana siguiente volvemos a la basílica para celebrar la Santa Misa antes de salir para París. El día ha amanecido plomizo, brumoso. Apenas puede verse la basílica, envuelta en niebla. Saliendo de Lisieux vamos a buscar la autopista hasta cerca del Havre: hemos cruzado casi toda Francia. El día está radiante cuando entramos en París por los Campos Elíseos y pasamos junto

al Arco de Triunfo. Bordeamos el Sena, junto al Louvre, y nos detenemos providencialmente ante la basílica de Nuestra Señora de las Victorias, cerca de donde vamos a comer tras aparcar el autocar, una tarea ésta que se hará pesada en lo sucesivo.

Hace un bochorno asfixiante, y hay que ser cautelosos con los recorridos para no fatigar en exceso a las personas de más edad que nos acompañan. Por la tarde visitamos la mencionada basílica de Nuestra Señora de las Victorias, a cuya advocación dirigía una novena la familia de Teresa de Lisieux cuando ésta curó de su enfermedad. Como algunos vamos a saber más tarde, fue también en este templo donde nació la Adoración Nocturna. Grande fue nuestra sorpresa cuando, tras rezar el Rosario deliciosamente acompañados por las benedictinas del Sagrado Corazón, que más tarde volveremos a encontrar en Ars, comprobamos que por la coincidencia del Centenario de la muerte de Santa Teresita y la venida del Papa a París, los restos de la Santa —arcón de oro en urna de cristal— se encontraban a los pies de la imagen de Nuestra Señora de las Victorias. No hace falta describir la unción con que los veneramos.

Reconfortados con tan inesperado bien, volvemos al autocar junto al edificio de la Bolsa, y nos dirigimos a la rue du Bac donde tuvieron lugar las apariciones de Nuestra Señora a Santa Catalina Labouré, y de donde nace la devoción a la Medalla milagrosa. Se está celebrando Misa en la luminosa capilla de las apariciones, recordadas por una bella imagen de la Virgen a cuyos pies reposa el cuerpo incorrupto de Santa Catalina. Más y más bullicio en estas horas por la presencia del Papa. Coincidimos con el señor obispo Enric Vives, Auxiliar de Barcelona, a quien saludamos efusivamente.

Llegamos avanzada la tarde al hotel donde nos hospedamos, junto a la Gare de l'Est. Es sábado por la noche. Cenamos y nos reunimos, como de costumbre, a comentar las incidencias del día y a preparar las actividades de mañana. Volvemos paseando en compacto grupo hasta el hotel. Por la mañana temprano, oímos la Misa dominical en la Cripta del Sacré-Coeur, que corona el empinado y pintoresco montículo de Montmartre. La «grandeur» francesa se ve reflejada aquí en los panteones de quienes hicieron posible este Templo de reparación y expiación. Teresa de Lisieux está también aquí presente, como lo recuerda ante la capilla central de la cripta una lápida conmemorativa de la Misa celebrada aquí antes de emprender su viaje a Roma.

Tal y como se había programado, la tarde del domingo es libre y el grupo se desparrama por París. Unos van por Nôtre-Dame, el Barrio Latino, la Torre Eiffel... Otros siguen al Papa por Longchamp, los Inválidos... Pero la mayoría del grupo tiene ya previsto encontrarse al atardecer para subir en alguno de los numerosos *bateaux*

mouche que navegan por el Sena. La vista nocturna de los puentes y la torre iluminada pone una nota de paz y de sosiego a esta última noche parisina.

Cuando el autocar abandona la ciudad, somos conscientes de que el viaje desgrana sus últimas etapas. Queremos ir a Nevers, y en la tranquilidad campestre del huerto y del jardín del convento donde vivió Bernardita, reseguir sus lugares de oración, releer el original de alguna de sus cartas y rezar ante sus restos en la capilla, tras celebrar la Misa y besar su relicario. Nos dirigimos a Paray-le-Monial tras el descanso. El camino resultará pesado. Llegamos con retraso al Priorato que nos acoge, y con retraso comenzamos la Hora Santa en compañía de los jóvenes de Schola. Hora emotiva e intensa que transcurre en gran silencio y con demasiada rapidez. Aquí, en este mismo lugar donde el Sagrado Corazón pidió a Santa Margarita María que se le venerase, las familias de Schola le dirigen su Consagración como respuesta. De nuevo abrazos de despedida entre padres e hijos, que van a dormir cerca de Lyon. Fuera llueve, y Paray se muestra recogido y silencioso, limpio y aseado a la mañana siguiente. Cuidados jardines, hermosa basílica, gente amable.

El camino hacia Ars transcurre sin novedad. Pero el pueblecito que tiene ya algo de meridional nos sorprende a todos por el mucho movimiento que registra, en especial alrededor y dentro del templo parroquial, que se ha conservado intacto junto con la rectoría y un gran número de recuerdos de su santo párroco. Si Santa Teresita, que contraponía en su escudo de armas la ternura del Niño Jesús con el dolor de su Santa Faz, nos ayuda a fortalecer nuestro espíritu, la austeridad con que vivió San Juan María Vianney nos enseña a fortalecer nuestro cuerpo. Fueron tantas las noticias que tuvimos sobre su talento, abnegación, bondad, dedicación y entrega a sus feligreses, que no puede extrañarnos que casi fuera enterado ya como santo.

Cuando nos dirigimos a La Salette —última etapa de

nuestra peregrinación— dura todavía en nosotros la fuerte impresión que nos ha causado este Santo, patrón de todos los sacerdotes, quien a base de hacerse él mismo aún más pequeñito de lo que ya era, con la ayuda de Dios pudo multiplicar por miles los feligreses de su también pequeñísima parroquia. Pero hay que subir a los Alpes. Primero pasar por Grenoble y, siguiendo la «ruta de Napoleón», llegar a Corps para ascender desde allí y en muy poco trecho —abstenerse quienes sufran de vértigo— hasta lo alto de La Salette donde la Virgen Madre de Dios se dejó ver por dos pastores, mientras lloraba por los muchos pecados de los hombres, y por lo mucho que debía interceder para que su Hijo no nos abandonara. Por la noche, peregrinos de varios países nos encontramos en la basílica, y así reunidos seguimos las oraciones que anteceden la procesión de las antorchas por el exterior, siguiendo el camino que conduce a los lugares de la aparición y de la elevación de la Hermosa Señora, representados por majestuosos grupos escultóricos de bronce. A sus pies, multitud de pequeñas lamparitas salpican de rojo la profunda oscuridad de la noche, y señalan el camino seguro que hay que seguir.

Llueve sin cesar en esta última mañana de nuestro peregrinaje. Accedemos a la basílica por el interior de la gran hospedería adyacente. Es nuestra última Misa en tierras francesas este jueves 28 de agosto, día de San Agustín. A media mañana asistimos a una proyección de diapositivas sobre el Santuario. Por las publicaciones de la librería constatamos que existe una espiritualidad «saletiana» difundida desde Francia por todo el mundo. La lluvia nos impide admirar de nuevo estos paisajes, elevados y nítidos, que invitan a la meditación.

Puntuales, tras la comida abandonamos La Salette dirección Sur, hacia Aix, Nimes, Montpellier, Barcelona. Durante toda la tarde y mientras la autopista se deshace ante nosotros, cada uno resume lo que para él ha significado esta experiencia. Creo que todos estábamos de acuerdo en que nos había hecho mucho bien.

«Un lugar entre los grandes maestros espirituales»

Entre los «Doctores de la Iglesia», Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz es la más joven, pero su itinerario espiritual ardiente muestra tanta madurez, y las intuiciones de la fe expresadas en sus escritos son tan vastas y tan profundas, que merecen un lugar entre los grandes maestros espirituales.

JUAN PABLO II: Homilía de la proclamación del Doctorado
(19 de octubre de 1997)

LA ACTUALIDAD RELIGIOSA

Javier González Fernández

CON MARÍA HACIA EL GRAN JUBILEO DEL AÑO 2000

El jubileo, como afirma la carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente* (núm. 14), para la Iglesia, es verdaderamente un «año de gracia» en recuerdo del misterio de la encarnación de Cristo. Por tanto, y precisamente por el carácter claramente cristológico del jubileo (núm. 40), no podemos olvidar la especial presencia de María Santísima en este gran acontecimiento, ya que la afirmación de la centralidad de Cristo no puede ser separada del reconocimiento del papel desempeñado por su Santísima Madre (núm. 43). Así pues, sin menoscabo de la dignidad y la eficacia de Cristo, único mediador, la figura de la Santísima Virgen resplandece en este jubileo junto a la de su Hijo al considerar que «Dios la ha escogido por tesorera, administradora y dispensadora de todas las gracias, de suerte que todas las gracias y dones pasan por sus manos y conforme al poder que ha recibido reparte Ella a quien quiere, como quiere, cuando quiere y cuanto quiere, las gracias del Eterno Padre, las virtudes de Jesucristo y los dones del Espíritu Santo (san Luis María Grignon de Monfort)».

De manera particular, en este año 1997, dedicado a la reflexión sobre Cristo, Verbo del Padre, hecho hombre por obra del Espíritu Santo (núm. 40), contemplamos a María en el misterio de su maternidad divina (núm. 43). ¡María, Madre de Dios y Madre nuestra! Nos recuerda el Concilio Vaticano II aquellas profundas palabras de San Agustín: «Ella es plenamente Madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su caridad a que naciesen en la Iglesia los fieles que son miembros de aquella Cabeza» (*Conc. Vat. II, Lumen Gentium*, núm. 53). Y, ¿qué es la filiación suprema sino la esclavitud de amor para con la Madre? Así pues, en este primer año preparatorio del gran jubileo del 2000 debe estar presente de forma especial en todos los corazones aquel *Totus Tuus* —¡Todo Tuyo! ¡Todo de María!— que expresa la entrega total a la Santísima Virgen, como un niño se entrega totalmente a su madre. Así lo hace el Papa al encomendarle el camino de toda la Iglesia hacia el año 2000:

«A la Virgen de Jasna Góra he encomendado el camino de la Iglesia hacia la puerta santa del jubileo del año 2000 y, sobre todo, hacia los horizontes que se abren a su misión en el tercer milenio.»

Con estas palabras, el Santo Padre puso de relieve en su última peregrinación apostólica a Polonia la singular

importancia que tiene María Santísima en este gran jubileo, cuyo anticipo ya celebramos en el año mariano de 1987/88.

«Oh Virgen, Madre de Dios, ayúdanos a entrar en el tercer milenio del cristianismo por la puerta santa de la fe, la esperanza y la caridad.» Juan Pablo II, Santuario de Jasna Góra.

LA JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD EN PARÍS

¡Viva el Papa!, ¡Viva el Papa!, ¡Viva el Papa!

Estas aclamaciones aún resuenan en los oídos del más de millón de jóvenes que se reunieron en París a finales de agosto para escuchar las palabras del Papa, sucesor de Pedro, y que, como San Pablo, repitió: «Nosotros predicamos a Cristo crucificado».

Efectivamente, Juan Pablo II viajó a París en calidad de sucesor de Pedro, como constantemente nos lo recordó, para celebrar con los jóvenes la XII Jornada mundial de la Juventud, cuyo programa esencial fue un intercambio de preguntas entre Jesús y sus discípulos y una respuesta de Jesús que es una llamada a cada uno de nosotros. Cuando Jesús les preguntó: «¿Qué buscáis?» (Jn 1,38), contestaron también ellos con una pregunta: «Rabí, ¿dónde vives?». Jesús les respondió: "Venid y lo veréis". Ellos le siguieron, fueron donde vivía y se quedaron con él aquel día» (Jn 1,39).

Uno de los momentos culminantes de esta Jornada fue la vigilia del sábado 23, que tuvo un carácter marcadamente sacramental centrado en el bautismo y la confirmación. El Papa nos recordó que mediante el sacramento del bautismo, Dios nos reconoce como hijos suyos y transforma nuestra existencia en una historia de amor con Él. El bautismo, «misterio y esperanza del mundo que vendrá» (san Cirilo de Jerusalén, *Procathequesis* 10, 12), es el más bello de los dones de Dios, pues nos invita a convertirnos en discípulos del Señor. Nos hace entrar en la intimidad con Dios, en la vida trinitaria, desde hoy y por toda la eternidad.

Como conclusión de esta Jornada mundial de la juventud, el Papa presidió la misa dominical en el hipódromo de Longchamp. Durante la homilía pidió a todos los jóvenes que realizaran a Cristo la misma pregunta que le hicieron sus discípulos en la orilla del Jordán: «"Maestro, ¿dónde vives?". Maestro, tú que amas y respetas a la

persona humana; tú que has compartido el sufrimiento de los hombres; tú que esclareces el misterio de la existencia humana, ¡haz que descubramos el verdadero sentido de nuestra vida y de nuestra vocación! [...] "Maestro, ¿dónde vives?". Para responder a nuestra pregunta, Cristo nos hace una llamada: venid y lo veréis; en la cruz veréis la señal luminosa de la redención del mundo, la presencia amorosa del Dios vivo. La cruz es un signo verdadero de la presencia del Hijo de Dios; por medio de este signo se revela el Redentor del mundo. [...] También la Iglesia responde cada día a esa pregunta: Cristo está presente en la Eucaristía, el sacramento de su muerte y resurrección. En ella y por ella conoceréis la morada del Dios vivo en la historia del hombre. La Eucaristía es el sacramento del amor que vence la muerte, es el sacramento de la Alianza, puro don de amor para la reconciliación de los hombres; es el don de la presencia real de Jesús, el Redentor, en el pan que es su cuerpo inmolado, y en el vino que es su sangre derramada por todos.»

Al acabar la celebración de la santa misa y antes de rezar el Angelus, el Papa nos quiso obsequiar a todos los jóvenes con una sorpresa. Como conclusión de esta Jornada mundial en Francia, quiso evocar la gran figura de santa Teresa del Niño Jesús para anunciar solemnemente su próxima declaración como Doctora de la Iglesia. A medida que íbamos escuchando sus palabras nuestro corazón se sobrecogía y nuestros ojos no podían esconder la alegría que nos invadía. No bien hubo el Papa finalizado de pronunciar su alocución que toda una legión de almas jóvenes y sedientas de amor de Dios prorrumpieron en aclamaciones:

¡Viva el Papa!, ¡Viva el Papa!, ¡Viva el Papa!

FALLECE LA MADRE TERESA DE CALCUTA

El pasado 5 de septiembre falleció en Calcuta la Madre Teresa, fundadora de las Misioneras de la Caridad. Su labor en favor de los más pobres y desheredados, ya elogiada y admirada por todos a lo largo de tantos años de constante entrega, se ha dejado sentir de manera especial estos últimos días, no sólo en la vida de la Iglesia sino también fuera de ella, a raíz de su muerte en olor de santidad. Muestra de ello son los homenajes que se le han tributado y el eco que ha tenido este acontecimiento en los medios de comunicación de todo el mundo.

Nacida el 26 de agosto de 1910 en Skopje (Macedonia), Agnes Goixha Bejaxhiu, tras ingresar a los 18 años en las misioneras de Loreto respondiendo a la llamada de Dios para ser santa en la vida religiosa, tomó el nombre de Teresa en honor a Santa Teresita del Niño Jesús. La hermana Teresa se sentía fuertemente atraída por el caminito de sencillez y confianza de la Santa de Lisieux,

que realizaba las cosas ordinarias con un amor extraordinario. Comprendió que el amor lo era todo y que todo debía reflejar dicho amor; «si amamos a Dios profundamente amaremos a nuestro prójimo con igual intensidad, porque a medida que va creciendo nuestro amor por Dios crece nuestro respeto por todo lo que Él ha creado, y aprendemos a reconocer y apreciar todos los regalos que nos ha hecho.»

Su vocación era, sin duda, el amor; y, en concreto, un amor en acción, un amor traducido en obras que la llevó a ingresar en una orden misionera que le diera la oportunidad de servir activamente a los demás. Más tarde, el 10 de septiembre de 1946, durante un viaje para hacer unos ejercicios espirituales, sintió de nuevo la llamada de Dios para concretar su vocación en el servicio a los moribundos de las calles de Calcuta. En su oído resonaron aquellas misteriosas palabras de Nuestro Señor: «En verdad os digo, cuanto hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeñuelos, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40). Cada persona es, pues, realmente Cristo y particularmente, los más pobres entre los pobres nos muestran a Cristo en sus horas de aflicción. La hermana Teresa, por tanto, no podía ver a Jesús hambriento, sediento, sólo o desnudo y no darle de comer, de beber, acompañarle o vestirle.

Una vez recibido el permiso de la Iglesia, se echó a la calle y sin perder nunca de vista la providencia de Dios ni dejar de acudir constantemente a la Santísima Virgen, comenzó su labor entre los pobres, esos pobres que empezaron a llamarla Madre Teresa. Como una lámpara colocada encima del candelero, la Madre Teresa empezó a alumbrar con su luz las oscuras calles de Calcuta y sus buenas obras no tardaron en dar numerosos frutos. Las vocaciones empezaron a sucederse y la congregación por ella fundada (aprobada por la Iglesia en 1950 con el nombre de Congregación de las Misioneras de la Caridad) comenzó a extenderse a lo largo y ancho de todo el planeta.

Hoy en día, la congregación está compuesta por ocho secciones (hermanas activas, hermanas contemplativas, hermanos activos, hermanos contemplativos, padres misioneros, misioneros legos y voluntarios y colaboradores enfermos y dolientes) repartidas por más de ciento veinte países pero todas ellas unidas por un mismo espíritu de entrega total a Dios, de cariñosa confianza en los demás y de alegría para con todos.

Dios, que se vale de los instrumentos más pequeños y sencillos para realizar sus designios y mostrar así cómo cuida amorosamente de sus hijos, así lo ha hecho en este caso con la Madre Teresa, que bien podríamos llamar Madre Teresita y que, como signo de la ternura de Dios, ha sido sin duda «un regalo de Dios a la Iglesia y al mundo» (Juan Pablo II) en este final de milenio.

LA ACTUALIDAD POLÍTICA

Jorge Soley Climent

APROBADA EN RUSIA UNA LEY CONTRA LA LIBERTAD DE LA IGLESIA CATÓLICA

La ley de libertad de cultos rusa, redactada bajo la presión de la Iglesia ortodoxa, ha motivado numerosas protestas, entre las que destaca la de Juan Pablo II, quien, a través de una carta al presidente ruso Boris Yeltsin, solicitaba el veto de la misma. La ley, destinada a sustituir la normativa de 1990, restringe duramente la libertad de las religiones que no gocen del estatuto de «religión tradicional rusa». Las limitaciones más importantes se refieren a la prohibición de poseer propiedades, editar publicaciones, crear centros educativos o realizar actividades públicas de culto. Asimismo, los «misioneros» de las denominadas iglesias extranjeras, sólo podrán entrar en Rusia si son previamente invitados por la Iglesia ortodoxa rusa. La ley consideraba en su primer redactado «religiones tradicionales», además de la ortodoxa, el Islam, el budismo y el judaísmo. Posteriormente se ha modificado el mismo introduciendo como «religión tradicional» a la religión cristiana. Este matiz, si bien suaviza ligeramente las condiciones a las que deberán someterse católicos y protestantes, mantiene algunas de las principales limitaciones antes señaladas.

La reacción del arzobispo Tadeusz Kondrusiewicz ha sido clara al afirmar que *«resulta sorprendente que la Duma no considere religión tradicional a la Iglesia católica, que lleva siglos en el país y que, antes de la revolución rusa, contaba con medio millón de fieles, 150 parroquias, dos seminarios y una Academia Teológica en San Petersburgo, donde se formaron 62 obispos y dos cardenales»*. La petición del Papa, a la que se han sumado múltiples personalidades, junto con la amenaza por parte del Senado norteamericano de suspender la ayuda económica a Rusia en el caso de que la ley fuera finalmente aprobada, han llevado a Yeltsin a ejercer su veto sobre la misma. Para superar este veto presidencial era necesaria la aprobación por parte de más de dos tercios de la Cámara Baja. El resultado ha sido abrumador en favor de la aprobación de la ley, con sólo 6 votos en contra y 4 abstenciones, por lo que el veto de Yeltsin ha quedado sin efecto.

La Iglesia ortodoxa, que había amenazado a Yeltsin, afirmando que la no aprobación de la ley llevaría a una nueva desestabilización moral y espiritual de Rusia, ha manifestado así su deseo de continuar en su línea ya se-

cular de estrecha colaboración, cuando no dependencia, con el poder político. Una postura que le ha deparado importantes ventajas, pero que también ha sido una de las causas de su actual estado de debilidad. En definitiva, con esta nueva legislación se confirma el distanciamiento por el que, desgraciadamente, pasan las relaciones entre católicos y ortodoxos.

INGLATERRA: IMPOSIBILIDAD DE UN NUEVO MATRIMONIO DEL PRÍNCIPE CARLOS

Pocos días antes de la desgraciada muerte en accidente de la princesa Diana de Gales, las declaraciones del arzobispo de Canterbury, George Carey, en contra de un nuevo matrimonio del príncipe Carlos rompieron el silencio que la Iglesia anglicana había mantenido al respecto. El arzobispo de Canterbury es la segunda autoridad dentro de la Iglesia anglicana, después de la Reina, que posee el título de «Defensora de la Fe y Gobernadora Suprema».

Las palabras de Carey fueron, en primer lugar, para dejar claro que nada impide que Carlos acceda al trono en la actualidad, pues la Iglesia anglicana no se pronuncia sobre el asunto del divorcio. Sin embargo, sí se pronuncia en contra del matrimonio entre personas divorciadas, no reconocido mientras el primer cónyuge siga con vida. En el caso de un nuevo matrimonio del príncipe Carlos, afirmó que *«habría una grave crisis en el seno de la Iglesia»*. La muerte de Diana deja a Carlos en estado de viudedad, pero el problema continúa vigente al estar Camilla Parker Bowles también divorciada.

Algunos constitucionalistas, sin embargo, aventuran la posibilidad de que la Corona rompa su relación con la Iglesia anglicana y el futuro monarca no asuma los tradicionales títulos antes mencionados una vez que se convierta en rey. Esto significaría el fin de una situación religiosa que se remonta a los tiempos de Enrique VIII y que significó una durísima situación de persecución para los católicos británicos. Es significativo que una separación que tiene su origen en el comportamiento de un monarca poco ejemplar pueda finalizar por el mismo motivo. En cualquier caso, la Iglesia anglicana, ya muy debilitada después de su aceptación del sacerdocio femenino, intentará por todos los medios mantener su actual y beneficiosa posición.

UN SIGLO DEL PRIMER CONGRESO SIONISTA

En agosto de 1897 se inició la larga marcha que culminaría con la creación del Estado de Israel, la vuelta a la vieja patria de los judíos de la Biblia, la Palestina devastada por los romanos en el año 70 después de Cristo. En el Stadt Casino de Basilea, en Suiza, se reunió el primer Congreso Sionista, bajo la dirección de Theodor Herzl, al que asistieron doscientos delegados, procedentes en su mayoría de los países de Europa del Este.

El movimiento sionista, que caló entre los judíos más liberales, encontró fuerte resistencia y oposición entre los judíos ortodoxos, que veían en él un intento de suplantarse al Mesías por una versión secularizada del mismo, encarnada en el «pueblo judío». La labor de Herzl para llevar a un primer plano de la política internacional la idea sionista, el apoyo de Gran Bretaña a la fundación de un hogar judío en Palestina, que había quedado bajo su administración tras la primera guerra mundial, y las sucesivas oleadas de inmigrantes judíos, fueron factores clave para preparar la situación que culminaría en 1947, cuando la Asamblea General de la ONU acordó la partición de Palestina y la creación de dos estados, uno árabe y otro judío. Después de 50 años del primer Congreso se cumplía el sueño sionista. Ya sin una potencia extranjera dominante, se abría la lucha entre árabes y judíos que llevaría, un año después (mayo de 1948), a la proclamación del Estado de Israel, y que duraría, con intervalos de mayor o menor virulencia, hasta la actualidad.

A un siglo de la cristalización de la idea sionista en lo que fue el germen de una organización sumamente poderosa e influyente, el sionismo continúa vigente entre muchos judíos. *«Éramos unos miles de judíos en la Tierra de Israel hace un siglo, 600.000 personas en el año de la independencia, y ahora somos diez veces más»*, explica el líder de la Agencia Judía, Abraham Burg. *«Ése es el principal logro del sionismo»*. Un aumento demográfico debido, principalmente, a las llegadas de judíos provenientes de todo el mundo, que han llevado a que Israel esté a punto de conseguir ser la comunidad hebrea más numerosa del mundo por primera vez desde el siglo I d. de C. Durante los últimos años han llegado a Israel aproximadamente 700.000 nuevos inmigrantes, procedentes en su mayoría de la ex-Unión Soviética y de Etiopía.

En la actualidad, el sionismo se centra en organizar estas olas inmigratorias, con el objetivo de alcanzar, a fin de siglo, la cifra de un millón de judíos en esta última oleada. Este objetivo es especialmente importante si comparamos los bajos índices de fecundidad judíos, al estilo occidental, con los altos índices de sus vecinos árabes.

INDIA, CINCUENTA AÑOS DE INDEPENDENCIA

El año 1897 no fue sólo el que vio nacer el Movimiento Sionista en su primer Congreso de Basilea. Al otro lado del Canal de la Mancha, en el verano de ese mismo año, el Imperio británico celebraba las bodas de diamante de la reina Victoria, la emperatriz de la India, la reina que daría nombre a toda una época. Eran los tiempos de máximo apogeo de un imperio marítimo y comercial, retratado por Thomas Augustine Arne en la letra del himno *Rule Britannia*: Britannia gobierna las olas. No se apreciaba declive alguno y la mera posibilidad de que el Imperio pudiera verse reducido a cenizas en un futuro no muy lejano ni siquiera era imaginada.

En aquellos momentos, no más de diez mil británicos gobernaban el inmenso Raj, la India, que 50 años después, en 1947, se desgajaba del Imperio. Se perdía así la primera «joya de la corona»; transcurridos otros 50 años hemos asistido a la pérdida de la que quizás era la última joya de un ya prácticamente extinto Imperio británico: Hong Kong. El escenario de la historia nos ha mostrado así el grandioso espectáculo del esplendor, declive y muerte de un imperio en el transcurso de un siglo exacto.

El 1905 se inició con la primera rebelión en favor de la independencia de la India. Posteriormente, el liderazgo de Gandhi y la constitución del Congreso Nacional Indio fueron gestando la vía hacia la independencia. La segunda guerra mundial, que se creía iba a fortalecer la posición de Gran Bretaña, significó, por el contrario su debilidad, una debilidad que aprovecharon los líderes indios para forzar la independencia, declarada la medianoche del 14 al 15 de agosto de 1947. Se creaban dos estados, la India, laica, de mayoría hindú, y Pakistán, musulmán. Esta partición provocó cerca de 500.000 muertos y el éxodo forzoso de 55 millones de personas; medio año más tarde, Gandhi era asesinado por un extremista hinduista, miembro activo de la organización nacionalista Hindu Mahasabha. Meses después, India y Pakistán iniciaban la guerra por Cachemira, estado indio de mayoría musulmana, que, a pesar de su división en 1949, continúa siendo hoy en día un foco de tensión y enfrentamientos armados. En 1971 Pakistán oriental, apoyado por la India, se separaría de Pakistán occidental, constituyendo el estado que hoy conocemos como Bangladesh.

«Despertad a la libertad. Tenemos una cita con el destino... En cuanto suenen las campanas de medianoche, mientras el resto del mundo duerme, la India despertará a la vida y a la libertad. Esto significa el fin de la pobreza, la ignorancia, la enfermedad y la desigualdad de oportunidades». ¿Qué queda de estas palabras, de innegable tono mesiánico (probablemente inspiradas

en el socialismo fabiano aprendido en Cambridge), pronunciadas por Jawaharlal Nehru hace ahora medio siglo?

Tres guerras han enfrentado a la India con Pakistán desde 1947 y numerosos conflictos han desgarrado a estos jóvenes estados. Las tendencias centrífugas son un factor de inestabilidad constante en un país con una superficie seis veces y media la de España y una población de casi 950 millones, que alberga en su seno 4.600 castas, 7 religiones, 17 lenguas oficiales, aparte del inglés y 844 dialectos. En palabras de Churchill, «*la India es una expresión geográfica, no una nación*», que a pesar de las poco halagüeñas expectativas (en una reciente encuesta, sólo el 41 % de los indios expresó su confianza en que el país se mantendría unido otro medio siglo) ha mantenido una precaria pero real unidad (de hecho, el territorio bajo dominación o protección británicas ha quedado dividido en la India, Pakistán, Bangladesh, Sri Lanka, el archipiélago de las Maldivas, Nepal y Bután).

De los actuales 950 millones de indios, 328 sobreviven por debajo del umbral de la pobreza (menos de 1 dólar diario por familia), pero también es cierto que uno de los grandes retos de este país, acabar con el hambre, ha sido en gran parte conseguido. Borlaug, el artífice de la llamada «*revolución verde*» que multiplicó las cosechas, es el principal responsable de este éxito. Los 400 millones del Raj británico en 1947 son ahora 950 millones, y se prevé que en el año 2020 la población de la India alcanzará los 1250 millones, superando a su vecina China. La competencia entre estas dos potencias nucleares, que ya entraron en guerra en 1962 por diversos territorios en el Himalaya y Cachemira, en sus intentos

de consolidar una influencia predominante en la zona, será una de las claves de los próximos decenios.

Con todas sus luces y sus sombras, el laicismo de la India ha permitido la supervivencia de unos 23 millones de cristianos rodeados de 800 millones de fieles al hinduismo. La crisis política causada por la corrupción del Partido del Congreso, ha provocado el crecimiento del BJP, Partido del Pueblo de India, el partido más votado en las últimas elecciones con un 26 % de los votos y 176 de los 542 escaños del Parlamento, que defiende un nacionalismo hindú de base religiosa que amenaza, en primer lugar, a la población musulmana, pero también a los cristianos. Sin embargo, en estos momentos de incertidumbre ante el futuro, un hecho que ha coincidido con las celebraciones del medio siglo de independencia ha puesto de relieve el peso de la Iglesia en la India: nos referimos al reciente fallecimiento de la Madre Teresa de Calcuta. Su entierro, con honores militares reservados para el jefe del Estado y en el mismo armón de artillería que transportara los restos mortales del Mahatma Gandhi, son una expresión del profundo respeto y reconocimiento por parte del Estado hacia la labor que, a través de sus órdenes religiosas, personificadas en la Madre Teresa de Calcuta, está desarrollando la Iglesia católica en la India. Este hecho pone de manifiesto que la luz de la santidad ilumina a todos, sean o no cristianos, obrando milagros que parecían impensables desde una perspectiva humana, al tiempo que es un signo de que los cristianos de la India, receptores de la buena nueva ya desde el tiempo de los primeros apóstoles y, muy en especial, con la predicación de San Francisco Javier, continúan siendo atendidos por la Divina Providencia en todo momento.

Vivir en la confianza

«La confianza y nada más que la confianza es la que debe conducirnos al amor.»

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS: Carta a su hermana
María del Sagrado Corazón

«Comprendo muy bien que San Pedro cayera. ¡El pobre San Pedro confiaba en sí mismo, en vez de confiar únicamente en la fuerza de Dios! Estoy segurísima de que si San Pedro hubiera dicho humildemente a Jesús: concededme, os lo suplico, fuerzas para seguirlos hasta la muerte, las habría obtenido inmediatamente.»

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS: *Últimas conversaciones* (agosto de 1897)

El problema del hombre y el misterio de Jesucristo

Enrique Martínez
Secretario de la S.I.T.A.

La Sociedad Internacional Tomás de Aquino ha celebrado en Barcelona los días 24 a 27 de septiembre su IV Congreso Internacional. Al estar dedicado el año 1997 a Jesucristo, en la preparación de la Iglesia al tercer milenio de nuestra era, se escogió como tema de reflexión «El problema del hombre y el misterio de Jesucristo». Unos 500 participantes se dieron cita en las aulas de Fundación Balmesiana para buscar en Santo Tomás la doctrina que ilumine al hombre de hoy y lo adentre en el mar sin límites del Corazón de Cristo.

El IV Congreso Internacional de la S. I.T.A. se gestó el 14 de diciembre de 1996, festividad de San Juan de la Cruz. Fue en el marco del *Convegno* celebrado en Fossanova, abadía cisterciense en la que murió Santo Tomás. El P. Battista Mondin, S.X., presidente de la S.I.T.A., expresó su deseo de que el siguiente Congreso Internacional tuviera lugar en Barcelona, en las aulas de Balmesiana. Éstas ya habían acogido en 1976 el Congreso «Teoría y praxis», siendo director de la Fundación el P. Juan Roig Gironella, S. I., así como las Jornadas «Dignidad personal, comunidad humana y orden jurídico» en 1993, estando ya al frente el P. Pedro Suñer, S. I.; además, desde 1989 ha contado Barcelona con una sección local numerosa, activa y, sobre todo, formada en el espíritu y la letra del Aquinate. En pocos meses se consiguió, con la ayuda de Dios, organizar el Congreso; y el 24 de septiembre, festividad de Nuestra Señora de la Merced, Patrona de Barcelona, se podía inaugurar en una multitudinaria sesión presidida por el Cardenal arzobispo de la diócesis, monseñor Ricard M^a Carles.

Comenzó la jornada inaugural con una oración, tras la que fray Abelardo Lobato, O.P., director general de la S.I.T.A., dirigió un saludo de bienvenida a todos los congresistas. A continuación se expusieron tres ponencias: monseñor Ricard M^a Carles presentó el tema central del Congreso advirtiendo lo problemático que el hombre es hoy para sí mismo y señaló dónde está la verdad plena sobre el ser humano, aquélla capaz de esclarecer su origen y su naturaleza, su drama y su maravillosa vocación: «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado» (*Gaudium et spes*). A continuación monseñor Alfonso López Trujillo, presidente del Consejo Pontificio para la Familia, aseguró que la esperanza de la Humanidad es precisamente la

familia, cuyos problemas actuales radican en una visión empobrecida del hombre y del amor. Terminó el P. Pedro Suñer, quien recordó la tradición tomista de Cataluña y destacó la importancia del concepto de justicia en orden a fundamentar el Derecho. Siguió los saludos del P. Battista Mondin, del Dr. Juan Vallet de Goytisolo—quien hizo un emotivo panegírico de fray Victorino Rodríguez, O.P., presidente de la S.I.T.A. de España, fallecido en Semana Santa—, del Dr. Eudaldo Forment, presidente de la sección de Barcelona, del Sr. Gerardo Rocha, presidente de ICUSTA, y de los representantes de las diferentes secciones nacionales: Argentina, Chile, Ecuador, Méjico, Polonia, Lituania, Filipinas, Suiza, etc. Terminó el acto con la audición del *Ave María* atonal a cuatro voces, compuesta por Víctor García Acín.

Santo Tomás de Aquino, maestro experto en Humanidad

Los días siguientes se sucedieron en una apretada agenda, que intentó combinar las 30 ponencias de las sesiones generales en el aula magna y las cerca de 200 comunicaciones de las sesiones particulares en cuatro aulas de Balmesiana. Cada jornada se inició con la celebración de la Santa Misa en la capilla. Los temas que articularon las sesiones fueron tres: *Antropología y Cristología*, con el ansia de encontrar en el Verbo Encarnado la respuesta a los interrogantes más profundos del hombre; *La Cristología de Santo Tomás*, la reflexión más admirable del Aquinate, tras la cual ya nada más quiso escribir; y *El hombre ante el tercer milenio*, para quien Santo Tomás es *Doctor Humanitatis*. El primer tema fue tratado por los profesores Abelardo Lobato, Inos Biffi, Paul Gilbert, Vicens M^a Capdevila, Rafael Alvira, Agustín Basave, Vittorio Possenti, José Antonio Sayés, Ramón Lucas y Lluís Clavell; expusieron la *Cristología de Santo Tomás* los profesores Battista Mondin, Leo Elders, Armando Bandera, Eudaldo Forment y Francisco Canals; y desarrollaron el tercer asunto los profesores Alberto Caturelli, Lourdes Grosso, mons. Manuel Ureña, Yves Floucat, Aníbal Fosbery, Juan Cruz, José M^a Petit, Miguel Ayuso, Consuelo Martínez Sicluna, Danilo Castellano, Carlos Valverde y Horst Seidl.

Estas ponencias, junto con las comunicaciones que animaron las sesiones particulares, pretendieron cumplir una de las finalidades que se marca la S.I.T.A. en sus Estatutos: el examen de los problemas fundamentales de la cultura actual, especialmente los que afectan al pensamiento cristiano, a la luz de las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino. Éste, en efecto, es maestro en Humanidad, pues supo estudiar al hombre de todas las épocas: analizó sus constitutivos esenciales, valorando el alma racional sin despreciar el cuerpo al que se halla sustancialmente unida; describió sus facultades, actos y virtudes; reflexionó sobre su felicidad y el modo de alcanzarla; valoró su dignidad personal, fundamentada en su naturaleza racional, etc. Y una vez retratado el hombre con el pincel de la razón, acudió a la fe para completar el cuadro, pues *la gracia no suprime la naturaleza, sino que la perfecciona* (*Suma Teológica* I, q.1, a.8 ad 2). Por esto «el hombre actual —ha afirmado Abelardo Lobato— encuentra en el pensamiento de Tomás una respuesta a esta posmodernidad, al pensamiento fragmentario, desde una metafísica y una teología que hacen posible el fundamento y la comprensión del hombre y de su obra».

Barcelona, punto de encuentro de los discípulos de Santo Tomás

Han asistido al Congreso unas 500 personas, viniendo a Barcelona estudiosos de todas partes del mundo: desde Filipinas hasta Chile, desde Canadá hasta Lituania. Tiene la ciudad condal, y Cataluña en general, unas profundas raíces tomistas que describe el obispo Torras i Bages con encendidas palabras en *La tradició catalana*: «L'Alighieri transformà en poema la *Summa theologica*; Sant Vicenç, seguint l'esperit de Sant Domènec i Sant Francesc, repartí aquell substanciós Pa entre el poble cristià, l'estengué als pobres i als humils, el tragué de les aules dels savis per portar-lo a l'ús dels llecs en les places i en les esglésies de les ciutats i viles... El poeta italià i el predicador català són dos rius que davallen de l'abundosa deu de la ciència tomística... El segon, al revés, amb una forma igual al Dant, roba la llum al Sol i la baixa a la terra, i en forma robusta i realista introdueix en el comerç dels homes, fent-les pràctiques i *humanes*, les més altes idees de la sobrenatural i natural saviesa, i escalfa la societat humana amb el foc diví que féu davallar de les altures, satisfent completament l'interès ètic de les multituds» (*La tradició catalana* II, c. III, n.1).

Barcelona ha vuelto ha ser en nuestros días punto de encuentro de los discípulos de Tomás, acogidos con afecto por Balmesiana y su director el P. Pedro Suñer, S.I. Y es que Barcelona sigue siendo una antorcha encendida para cuantos deseen dejarse iluminar por la luz de Tomás,

gracias a la escuela iniciada por el P. Ramón Orlandis, S.I., y seguida fielmente por Jaume Bofill, Francisco Canals, José M^a Petit, Eudaldo Forment, José M^a Alsina, Antonio Prevosti, José M^a Romero y muchos otros. La Asamblea de socios de la S.I.T.A., celebrada antes de la sesión de clausura, eligió precisamente al Dr. Forment como nuevo director general de misma, quedando como presidente fray Abelardo Lobato.

Siguiendo la línea de los otros Congresos celebrados en Roma, el de Barcelona ha pretendido fomentar un diálogo abierto y fecundo al servicio de la cultura, de la promoción del hombre. En este sentido es de destacar que en la sesión de clausura Josep Ma. Coll, S. I., decano de la Facultad de Filosofía de la Universitat Ramon Llull, celebrara el clima de libertad y respeto en el que se ha desarrollado el Congreso; frente a caricaturas del to mismo, el discípulo de Tomás sabe que su maestro respetaba a aquellos contra los que disputaba, buscando siempre cuanto de verdad hubiera en ellos. Buena muestra de este reconocimiento al talante de la S.I.T.A. fue la rica presencia de autoridades académicas en la sesión de clausura: el Dr. Antoni Caparrós, rector de la Universitat de Barcelona; el Dr. Juan José Gallego, vicescanciller de la Universidad San Vicente Ferrer de Valencia; el Dr. Salvador Claramunt, presidente de la División I de Ciencias Humanas y Sociales de la UB; el Dr. Jordi Sales, decano de la Facultad de Filosofía de la UB y el ya mencionado Dr. Josep Ma. Coll, quien a su vez representaba al Dr. Joan Busquets, decano presidente de la Facultad de Teología de Cataluña. En sus palabras de clausura el Dr. Caparrós felicitó al Dr. Eudaldo Forment por su nombramiento como nuevo director general de la S.I.T.A.

La S.I.T.A. al servicio de la nueva evangelización

Es la primera vez que el Papa Juan Pablo II no ha podido asistir a un Congreso de la S.I.T.A., de la que es el socio número uno. No obstante, ha querido adherirse por mediación de una carta, en la que se felicita por «las aportaciones del humanismo cristiano a la gran tarea de la nueva evangelización». El problema del hombre sólo puede resolverse a la luz del misterio de Cristo: «En efecto, Jesucristo nos revela a Dios y nos revela también al hombre, el cual halla su plenitud únicamente en la medida en que se conforma con Cristo. Por eso he afirmado en la Encíclica *Redemptor hominis*, que el hombre es también el camino primero y principal de la Iglesia (cf. n. 14)». La Sociedad Internacional Tomás de Aquino ha querido seguir también este camino, poniendo todos sus trabajos al servicio de la Iglesia y al servicio del hombre del tercer milenio.